

UN COMENTARIO MEDITATIVO
SOBRE
EL CANTAR DE LOS CANTARES

P. Steven Scherrer

Tomo II

Humocaro, Venezuela
2006

ÍNDICE

	Página
<i>Prefacio</i>	3
La esposa y el esposo (Ct 1, 9-17)	4
Yegua de los carros de Faraón (Ct 1, 9-11)	4
Un manojito de mirra entre mis pechos (Ct 1, 13-17)	5
La Esposa, enferma de amor (Ct 2, 1-7)	9
Yo soy la rosa de Sarón (Ct 2, 1)	9
Como el lirio entre los espinos (Ct 2, 2)	19
Como el manzano entre os árboles silvestres (Ct 2, 3)	19
No despertéis al amor (Ct 2, 7)	21
He aquí ha pasado el invierno (Ct 2, 8-17)	24
Se han mostrado las flores en la tierra (Ct 2, 12)	24
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía y ven (Ct 2, 8-10)	26
El ensueño de la esposa (Ct 3, 1-5)	30
Buscaré al que ama mi alma (Ct 3, 2)	30
Lo así, y no lo dejé (Ct 3, 4)	32
El cortejo de bodas (Ct 3, 6-11)	35
El esposo alaba a la esposa (Ct 4, 1-11)	37
Me iré al monte de la mirra (Ct 4, 6)	37
Mira desde los montes de los leopardos (Ct 4, 8)	39
La felicidad de Dios	41
Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía (Ct 4, 9)	42
El olor de tus vestidos como el olor del Líbano (Ct 4, 11)	43
Un huerto cerrado (Ct 4, 12 - 5, 1)	45
Huerto cerrado eres (Ct 4, 12)	45
Pozo de aguas vivas que corren de Líbano (Ct 4, 15)	47
Levántate, Aquilón, y ven Austro (Ct 4, 16)	49
He recogido mi mirra y mis aromas (Ct 5, 1)	50

PREFACIO

El método de interpretación usado en este comentario meditativo, aunque raro hoy en día, fue el método normal de los Padres de la Iglesia y de los monjes medievales. Es un método que combina teología, espiritualidad, y exégesis de un texto bíblico, interpretando este desde el punto de vista literal del autor humano y del autor divino, sirviéndose de la plenitud de la revelación del Nuevo Testamento, para profundizar el significado profundo del texto desde la intención del autor divino.

Estoy convencido, en armonía con toda la tradición antigua de los Padres y de los monjes medioevales, que la intención literal del autor humano, y también del autor divino en el Cantar de los Cantares es la de profundizar la relación amorosa entre Dios y su pueblo, entre Dios y el creyente, usando la analogía del amor humano.

Por ello he tratado de describir la riqueza de la dicha relación entre Dios, Uno y Trino, por una parte, y nuestra alma, por otra parte, partiendo del texto bíblico señalado del Cantar, sirviéndome de la reflexión teológica y de una sensibilidad espiritual.

LA ESPOSA Y EL ESPOSO (Ct 1, 9-17)

I

*“A yegua de los carros de Faraón
Te he comparado, amiga mía.
Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,
Tu cuello entre los collares.
Zarcillos de oro te haremos,
Tachonados de plata”
(Ct 1, 9-11).*

Este es Dios hablando, encantado con la belleza de su esposa humana. Ella es como una yegua de los carros de Faraón con su cuerpo bien formado. ¡Qué forma hermosa tiene una yegua buena y joven, sobre todo una escogida por el mismo Faraón para su propio carro! Así es la forma hermosa de esta bella doncella, que ha cautivado aun a Dios con su belleza. Como una doncella de forma hermosa cautiva el interés de su amante humano, así la hermosura de nuestra alma cautiva el interés y el amor del mismo Dios.

Esta es la enseñanza de muchos santos, como san Bruno y san Bernardo, grandes místicos y fundadores de órdenes contemplativas. Es decir, que no sólo se enamora el ser humano de Dios, sino que también el mismo Dios se enamora primero de un alma humana bella y santa. La recién canonizada santa Faustina habla con frecuencia de cómo Dios está tan enamorado de ella más que de cualquier otra mujer de su tiempo. Y este es el amor —dice san Juan— “no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que *él* nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). Dios nos amó a nosotros primero, como afirma san Juan: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn 4, 19).

El Cantar es lleno de este sentido; es un amor mutuo, tanto de parte de Dios, como de nuestra parte. Dice el esposo divino: “Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello” (Ct 4, 9). Ella ha apresado el corazón de Dios. Prendió su corazón. Él está enamorado de ella, tanto como ella está enamorada de él. Y esto, yo creo, es lo que tanto nos sorprenda. Es porque nuestro entendimiento de Dios es demasiado abstracto, quizás demasiado basado en la filosofía griega que en la revelación bíblica, que debe formar toda filosofía cristiana, y corregirla.

Es claro en la Biblia que Dios nos amó a nosotros primero, y por eso, ahora nosotros le amamos a él. Pero tenemos que purificar nuestro entendimiento del amor. En el caso de Dios, no hay ninguna atracción física o sexual. Es un amor puramente espiritual, el más alto tipo de amor que existe, y, en su plenitud, nos llena completamente en nuestro

espíritu, en nuestra alma humana, y también en nuestro cuerpo, dándonos un sentido de bienestar en extremo, pero completamente puro y de ningún modo carnal. Sin embargo, es un amor muy fuerte, que nos da una felicidad verdadera e iluminada.

Los profetas han comparado el amor de Dios para nosotros con el amor de un esposo para su esposa, y por eso el libro del Cantar de los Cantares es uno de los libros de la Biblia, porque estas poesías de amor, bellas que son, siempre han sido entendidas como una alegoría del amor entre Dios y su pueblo, entre Dios y el alma creyente.

Isaías hace esta comparación entre el amor matrimonial y el de Dios para nosotros. Dice: “Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposará contigo tu edificador; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo” (Is 62, 5). Y es *Dios* que toma la iniciativa en esto. Él es el primero en amar. Él se enamora de nosotros primero: “Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello” (Ct 4, 9).

Ves cuantas cosas él hizo para nosotros en su gran amor para con nosotros. Él nos iluminó. Y aún cuando perdimos su amor y su gozo en nuestro espíritu por haber pecado contra él, él no nos dejó así, perdidos y en la oscuridad, sino que nos persiguió y nos ofreció el medio para arrepentirnos, ser completamente perdonados, y sentirnos totalmente perdonados en nuestros sentidos humanos por medio de su gracia, y también por medio de su sacramento de reconciliación. Y así, una vez reconciliados, él nos llena con la *alegría del espíritu*, con su *luz radiante*, y con gran amor por él.

Él nos llama a dejar lo terrenal y a vivir para él, sin dar mucha consideración a las necesidades de la carne, sino lo mínimo necesario para sostener la vida con gran sencillez, simplicidad, y austeridad. Así encontramos, de veras, que su luz en nuestro interior empieza a *crecer y brillar* con siempre más *esplendor*, dándonos una felicidad interior inefable, que sólo se satisface en una oración silenciosa y amorosa y en el deseo de siempre hacer su más perfecta voluntad, no importa cuan difícil sea, con todo nuestro corazón y en todo tiempo y toda ocasión. Este, entonces, es el gran amor mutuo que existe entre Dios y nuestra alma. De verdad, hemos sido desposados con un solo esposo de nuestra alma, que es Jesucristo, como afirma san Pablo: “pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Cor 11, 2).

II

*“Mi amado es para mí un manojito de mirra,
Que reposa entre mis pechos”
(Ct 1, 13).*

¡Qué íntima y qué bella es esta descripción: una bolsita de especias aromáticas que la esposa pone entre sus pechos, cerca de su corazón, cuando duerme! Para ella, esta bolsita perfumada es el recuerdo de su amado. Aunque él está físicamente ausente, sin embargo está muy presente a ella en la intimidad de su corazón. Él es la vida de su corazón. Así es Dios para Israel, y más aún así es Jesucristo resucitado para el cristiano. Una vez

purificado y viviendo ya una vida de perfección, en toda obediencia a la divina voluntad, ya librado, al fin, de la esclavitud de sus pasiones, él vive en las cimas de la luz, una vida iluminada, una vida de fe, esperanza, y caridad divinas e infusas por medio de la obra actualizadora del Espíritu Santo.

Así es el cristiano perfecto y librado. Él duerme con el Señor, el amante de su corazón, como si fuera una muchacha enamorada, durmiendo con un manojito de mirra perfumada entre sus pechos, cerca de su corazón, tan lleno es ella del amor de su amado, soñando con él, y quemada en su corazón por amor de él.

Así es nuestro amor por Jesucristo, una vez que estemos purificados de este mundo y de todos sus placeres. Vivimos desde ahora en adelante sólo para él, el único esposo de nuestro corazón (2 Cor 11, 2), el gozo de nuestra alma. Este es, de verdad, un nuevo mundo. La fe es la puerta de entrada a este bello mundo del amor. Jesucristo nos introduce en él, nos lava del pecado original y de nuestros pecados, y nos une con el Padre místicamente por su sacrificio en la cruz. Es este sacrificio supremo del amor y donación de sí, es decir, del Hijo divino al Padre, que traspasó los cielos y causó que se derramase esta gran ducha de dulzura celestial sobre la tierra en que vivimos ahora. Este sacrificio divino-humano unió al hombre a Dios, y es de esta unión que vino tanta dulzura en nuestra vida, en nuestro corazón.

Así es la vida de fe, una vida de amor, el amor infuso por la actuación del Espíritu Santo que fue infundido en nuestros corazones como resultado de la glorificación de Jesucristo en su pasión y resurrección. Por ello, un cristiano vive una vida teologal de la *fe*, y en el *amor* divino, un amor purísimo, que nos renueva y eleva, nos ilumina, y diviniza, porque él nos hace partícipes de su naturaleza divina (2 Pd 1, 4).

La vida de un cristiano perfecto —aunque muchas veces estamos lejos de esta perfección por haber caído en imperfecciones— es también una vida de *esperanza*, es decir: es una vida orientada hacia el futuro con gran alegría y expectativa, porque todo lo que hemos saboreado de la bella cercanía de Dios hasta ahora es sólo la primicia de la cosecha completa que todavía nos espera. Cuanto más hemos saboreado la dulzura y esplendor de Dios ahora, tanto más anhelamos su cumplimiento cuando él volverá otra vez en su gloria con todos sus santos en gran luz.

Cada día nos acercamos más a esta meta final de nuestra vida humana y cristiana, y por eso cada día esta espera ensancha más nuestro corazón. El esplendor de este fin de nuestra vida, que será también el fin del mundo, nos alumbra hasta ahora en el *presente*, transformando el mundo en que vivimos en una belleza. Esto es porque este gran final del mundo está en preparación aun ahora, y los que viven íntimamente en Cristo viven en este nuevo mundo aun ahora, de antemano. Es decir: viven en el reino de Dios, aman a Dios, son llenos de Dios, y su amor se desborda en alegría espiritual en ellos y se extiende hacia toda persona. Ejerciéndose así en esta caridad divina, el cristiano derrama su vida en amor por Dios en servicio a su prójimo como medio de expresar su amor por el Dios que no se ve. Al amar al prójimo, él ama a Dios, y su amor por Dios desborda y se extiende en su amor al prójimo. Es un amor divino, castísimo y purísimo, don de Dios, actualizado por el Espíritu Santo.

Así el cristiano vive en una relación nupcial con Dios, después de una larga jornada de mucho tiempo de purificación por medio del ascetismo. Él vive una vida teologal, una vida teocéntrica. Está enamorado de Dios y vive con Dios constantemente, sin

separación; aun duerme con Dios, como un manojito de mirra que reposa entre sus pechos (1, 13).

¿Y cómo es el lecho en que esta muchacha, enamorada de Dios, pasa la noche con su amado divino, que tanto llena sus pensamientos y corazón? Ella nos dice: “He aquí...nuestro lecho es de flores” (1, 16). ¡Tan verdes y frescos son los ramos de su lecho de amor que aun brotan flores! ¡Qué idílico, qué armonía perfecta con la belleza de la naturaleza! ¡Ella está unida a la belleza de su ambiente, hasta que incluso la madera verde de su lecho brota flores! Así es la intimidad que el cristiano, que ha llegado a la perfección, experimenta con toda cosa. Todo le habla del amor. Todo le habla del Señor. El olor fragante del ciprés y del cedro llena su casa —madera sustancial, madera vieja y pesada, y de un olor aromático de los bosques. Esta es la material de su casa del encuentro con su amado divino: “Las vigas de nuestra casa son de *cedro*, y de *ciprés* los artonados” (Ct 1, 17).

El olor de esta madera no es dulce, sino sustancioso, pesado, acre, y fresco como el aroma de los bosques de los pinos de las montañas del Líbano. Es un olor que lleva recuerdos del bosque virginal, de la soledad, donde Dios se deja encontrar por su amante humano. Para el encuentro divino, necesitamos silencio y un ambiente armonioso de paz y tranquilidad. Este olor de ciprés y de cedro, de los cuales es hecha su casa, es un recuerdo constante de esta necesidad de la *soledad* y *silencio*; y por eso esta casa está colocada en un monte solitario, rodeada de árboles aromáticos. Allí ella puede pasar sus noches en íntima contemplación.

La noche también es el *mejor tiempo*, junto con la madrugada y mañana, para este tipo de contemplación. En la noche, podemos hundirnos en el silencio y oscuridad, en las tinieblas, olvidados por el mundo, pero no por Dios. Somos despiertos en el Señor, y muy cerca de él. Por eso dice el Señor: “Hasta que apunte el día y huyan las sombras, me iré al monte de la mirra, y al collado del incienso” (Ct 4, 6). Él va a pasar la noche con su amante humana en el bosque, en su casa de ciprés y de cedro, en su lecho de flores, como un manojito de mirra perfumada entre sus pechos, apretado a su corazón con amor. Allí estará con ella “Hasta que apunte el día y huyan las sombras” (Ct 4, 6). Y el aire está lleno de la fragancia pesada, sustanciosa, fresca, y acre del leño silvestre.

¡Qué importante es la contemplación así a solas con el Señor! Es la alegría interior de la vida. Es la recompensa de un alma coherente, de un corazón limpio e indiviso en su amor por el Señor. Pero ¿cómo podemos llegar a este estado feliz donde la contemplación es el alimento regular del alma purificada? Llegamos allí por una larga jornada en que dejamos que el Señor crezca dentro de nosotros, hasta que se establezca como el único dueño de nuestro corazón, ahuyentando todo amor propio, todo deseo falso y desordenado para placer en este mundo. La meta de este proceso es que todo aspecto de nuestra humanidad sea convertido por Cristo habitando en nuestro corazón. Esta conversión es actualizada por el Espíritu Santo cuando creemos en Cristo.

Este Espíritu Santo fue desatado cuando Cristo fue glorificado en su pasión y resurrección (Jn 7, 37-39); y entra en nosotros cuando creemos en Cristo, morimos en él a nuestro pasado mundano, y resucitamos en él, en su resurrección luminosa, a una vida nueva y resucitada con él.

Esta riqueza espiritual entra dentro de nosotros con la fe y el bautismo, pero sólo como un germen, todavía no desarrollado, y todavía no habiendo conquistado todo aspecto de nuestro ser, de nuestros deseos, pensamientos, y memoria. Sólo después de

purificar todas estas potencias de nuestro espíritu, seremos dispuestos para esta contemplación como nuestra alimentación regular. Antes de terminar esta purificación, este tipo de contemplación es algo muy raro para nosotros.

Esta purificación de las potencias del espíritu sigue después de haber privado nuestros cinco sentidos exteriores de los objetos de sus deseos, es decir: después de comenzar una vida ascética de ayuno, separación del mundo, guarda de la vista, del oír, y de saborear, una vida de vigiliias, y vigilancia en general en todo aspecto de la vida, viviendo sólo para Dios, y vuelto hacia el interior.

¡Qué pocos son los que siguen este camino es obvio!, y por eso, ¡qué pocos son los que llegan a este punto de purificación, perfectamente coherentes, limpios de corazón y librados de la esclavitud de las pasiones! ¡Qué pocos, entonces, son los que llegan al punto de tener este tipo de contemplación como su alimentación regular! ¡Qué pocos son los que pasan sus noches y mañanas arrobados de amor, en una cabaña de cedro y ciprés (Ct 1, 17) en un monte de la mirra o en un collado del incienso (Ct 4, 6)! ¡Qué pocos son los que duermen con el Señor como un manojito de mirra entre sus pechos (Ct 1, 13) en un lecho verde que brota flores (Ct 1, 16)! ¡Qué pocos son aquellos cuyas mañanas son luminosas, y cuyas noches, encuentros en escondrijos de amor en un bosque virginal de árboles aromáticos!

Pero la decisión es nuestra. Todo hombre es llamado a esta santidad, a esta contemplación, a esta vida de amor, a esta vida de esplendor, en que él arma su tienda en las cimas de la luz y permanece allí, calentándose en el resplandor del Señor. Pero hay sólo *un* camino que nos dirigirá allí, y esto es el camino de la *vida*, que *pocos* hallan, porque es *angosto* y *estrecho* (Mt 7, 13-14). Pero qué dulce es este camino, sólo conocen los que han andado por él y lo han experimentado.

Puede ser que habíamos llegado a este punto, pero entonces lo perdimos al relajar nuestro modo de vivir. Al darnos cuenta de lo que hemos perdido, podemos tratar otra vez de recobrar lo perdido al vivir de nuevo estrictamente como antes una vida penitencial y ascética, cortando nuestro sueño, y pasando, como anteriormente, mucho tiempo en oración silenciosa en la madrugada.

Pero también, después de un tiempo de iniciación, Dios puede empezar a guiarnos por nuevos caminos más estrictos aún que antes, invitándonos a aún más renuncia del mundo, hasta que lleguemos al punto de vivir *normalmente casi todo el tiempo* en esta frescura de Dios, regocijados por el Espíritu Santo inhabitando en nuestro corazón, corriendo como agua viva dentro de nuestras entrañas (Jn 7, 37-39), y saltando como una fuente permanente de agua viva (Jn 4, 14).

LA ESPOSA, ENFERMA DE AMOR (Ct 2, 1-7)

I

*“Yo soy la rosa de Sarón,
Y el lirio de los valles”
(Ct 2, 1).*

¡Qué bella es esta esposa, como la rosa entre las flores y el lirio de los valles! Esta belleza es algo especial, que sobrepasa en hermosura interior lo que normalmente encontramos en este mundo. Ella ha escogido el camino *angosto y estrecho* de la *vida* que *pocos hallan* (Mt 7, 13-14), y ves cómo el Señor la ha hermo­seado en extremo. Su belleza procede de su *interior*, y afecta aun su *exterior*, como una luz iluminándola por dentro, y visible en su cara, en su forma, y en su manera de caminar y hablar. Así hace la contemplación en el corazón de alguien que ha respondido a la invitación a la contemplación infusa, don especial para los que han desarrollado los dones que han recibido del Espíritu Santo y de Cristo habitando en sus corazones.

¿Qué es lo que la hace tan bella como una rosa o un lirio? Es Cristo mismo habitando en el corazón del cristiano que lo embellece, que lo transforma, que lo diviniza. Así el fulgor divino resplandece en su corazón, en la faz de Cristo resucitado y glorioso viviendo en él (2 Cor 4, 6). Cristo nos embellece porque el que es el Verbo divino asumió nuestra naturaleza humana, llenándola, en la Persona de Cristo, de la plenitud de la divinidad en una unión hipostática, única, e irrepetible. Cuando recibimos la eucaristía, entonces la humanidad de Cristo, singularmente divinizada, que es portador de manera singular de la plenitud de la divinidad, entra dentro de nuestro cuerpo y alma en forma sacramentada. *Su* humanidad y *la nuestra* interpenetran; y la suya, conteniendo la divinidad, la comunica a nosotros por medio de esta unión de humanidades. Así la divinidad, que es en la humanidad de Cristo, diviniza nuestra humanidad; y por medio de nuestra humanidad, esta divinidad radiante entra en nuestra alma y espíritu, haciéndolos radiantes y resplandecientes con la luz increada de Dios; y resplandecemos con su luz refulgente. Así somos iluminados y esclarecidos con la claridad increada de la divinidad del Verbo encarnado y sacramentado, habitando en nuestro cuerpo y corazón por la recepción de la eucaristía. Así nosotros somos embellecidos y divinizados, con su esplendor y luz dimanando de nosotros desde ahora en adelante.

¡Qué importante es, entonces, siempre, cada día, crecer más en esta belleza inefable y gloriosa, en esta luz radiante del Verbo encarnado, humanado, y sacramentado en la

eucaristía! Esta es nuestra vida, nuestro gozo, nuestra gloria. Es una *experiencia* real y actual. Es algo que *puede* y *debe* cambiar todo nuestro estilo y manera de vivir, y que nos hace lumbreras en el mundo (Fil 2, 15), iluminando a los demás, y extendiendo en el mundo esta belleza y gloria divina, que Cristo se encarnó y vino a este mundo para traernos.

Pero cuando somos divinizados y elevados al nivel divino así, siempre es por medio de la adopción como hijos en el único Hijo, que el Espíritu Santo obra en nosotros. Y el resultado es esta maravilla de luz y belleza en nosotros. Cristo es divino por naturaleza; nosotros somos criaturas, pero, por contacto con él, sobre todo por medio del contacto eucarístico, somos transformados, pero siempre permaneciendo seres humanos. Sin embargo, somos seres humanos que somos ahora divinizados por nuestro contacto y unión con Cristo. Entonces el esplendor que dimana de él dimana de nosotros también por medio de nuestra unión íntima con él.

Es el Espíritu Santo que obra esta transformación en nosotros, recreándonos en la imagen del Hijo divino. San Pablo dice: “Porque los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos *conformes* a la *imagen* de su *Hijo*, para que él sea primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29; ver 2 Cor 3, 18). Somos rehechos en su imagen. Él es el primero. Todos los que le siguen son hechos a la imagen de él.

Pero Cristo nos embelleció no sólo por su encarnación y unión con nuestra naturaleza humana, transformándola y divinizándola, sobre todo por la eucaristía, sino que él nos embelleció también por su *muerte* en la *cruz* y por su resurrección. Es decir, nuestro embellecimiento vino por medio de la encarnación; pero también por medio del misterio pascual. Celebramos estos dos grandes misterios de nuestra redención en la liturgia cada año: el de la encarnación, en Navidad; y el del misterio pascual, en Pascua.

Y ¿cómo es que el misterio pascual nos embellece, haciéndonos como la rosa y como el lirio? La cruz de Cristo nos embellece porque el mismo Cristo es el precio justo que el Padre propuso por la satisfacción del pecado, una víctima justa y adecuada, por las afrentas de los pecados. Así perdonándonos, el Padre no pasa por alto los pecados, sino los *expía* justamente y adecuadamente por la muerte de su propio Hijo que él mismo propuso para su expiación justa y perfecta (Rom 3, 25). Por medio de esta ofrenda, somos perdonados y renovados. Este es un embellecimiento.

Pero también la muerte de Jesús en la cruz es un sacrificio y un acto perfecto de culto, es adoración en espíritu y verdad, como dice Jesús (Jn 4, 23-24). El unigénito Hijo se ofrece a sí mismo en amor eterno y donación completa a su Padre, en sumisión perfecta, hasta la muerte, en su naturaleza humana. El Hijo siempre se ha sometido a sí mismo al Padre así, aun antes de su encarnación, y aun desde antes de la fundación del mundo, cuando él vivía con su Padre en amor inefable y esplendor inimaginable, siempre sumiso a él como un hijo a su padre, como el Verbo al que lo pronuncia, como el Unigénito al Ingénito. Aunque igual con el Padre en divinidad, esencia, y naturaleza, el Hijo siempre era totalmente sumiso y perfectamente obediente al Padre. Él siempre era el perfecto adorador del Padre desde toda la eternidad. Esta sumisión perfecta en amor agradó perfectamente al Padre, y por eso el Padre derramó sobre él el Espíritu de su amor divino, que es el Espíritu Santo; y el Hijo devolvió este mismo Espíritu de amor divino al Padre. Así el Espíritu Santo es el flujo y reflujo entre el Padre y el Hijo, y procede eternamente de los dos.

Desde su encarnación, Jesús continúa a someterse en amor inefable al Padre en toda obediencia y sumisión, en las cuales es el ejemplo perfecto para nosotros a imitar. Cuando Jesús murió en la cruz, en su naturaleza humana, en amor y obediencia hasta la muerte, y muerte en cruz, Dios lo exaltó, derramando sobre él el Espíritu Santo que lo resucitó de entre los muertos. En su glorificación así, el Hijo también, junto con el Padre, derramaron este mismo Espíritu sobre toda carne que cree en el Hijo, es decir, sobre todos los que comparten con el Hijo una misma naturaleza humana, y que creen en él.

Así sucedió que este Espíritu de belleza y alegría, que es el Espíritu Santo, ha sido derramado sobre nosotros. Es una ducha de dulzura, una ducha de oro, que se derrama del cielo sobre toda la tierra por medio de la muerte en la cruz de Jesús. Es como la viga vertical de su cruz traspasó los cielos y causó que derramase toda esta dulzura en que vivimos ahora, embelleciéndonos, elevándonos, transformándonos, y divinizándonos, haciéndonos resplandecientes, nuevas criaturas, y dándonos una vida de perfección.

Pero para que resplandezcamos, nosotros tenemos que hacer *nuestra* parte también. Tenemos que pasar por medio del misterio pascual de Jesucristo místicamente, muriendo con él de verdad a nuestra antigua forma de vivir, muriendo en su muerte en la cruz con él, y sepultando con él nuestro hombre viejo. Así dejamos la manera meramente humana de vivir. Así renunciamos a una vida mundana; y resucitamos con Jesucristo en su resurrección a una vida nueva, iluminada, transformada, transfigurada en luz, divinizada y resplandeciente en belleza con la misma luz de Cristo resucitado y glorificado dimanando de nosotros, porque Cristo inhabita ahora en nuestro corazón en luz, iluminándonos con su propio esplendor. En resumen, vivimos una muerte y una resurrección místicamente en Jesucristo muerto y resucitado y ahora habitando en nosotros por la obra renovadora y divinizadora del Espíritu Santo.

Pero en esta dichosa condición, seremos muy sensibles al pecado y a la imperfección. Las más pequeñas faltas que cometemos van a abrumar y oscurecer nuestro espíritu, hundiéndolo en tristeza y dolor. Así actúa Dios en nosotros para que no seamos orgullosos de nuestro progreso en la santidad, y para que sigamos evitando y eliminando de nuestra vida, una tras otra, las imperfecciones, para no caer en este pozo de tristeza y culpabilidad. Así creceremos siempre más en la virtud y santidad y en una obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Al eliminar estas imperfecciones, una por una, resplandecemos cada día más con el esplendor de Cristo brillando en nuestro corazón.

Así somos como la rosa de Sarón y como el lirio de los valles, embellecidos en extremo por el único Hijo de Dios. Por eso, este tiempo de nuestra conversión definitiva y absoluta a Cristo es un tiempo de belleza espiritual. De verdad, ahora, por un cristiano renovado y divinizado, “se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de canción ha venido... La higuera ha echado sus higos, y las vides en cierne dieron olor” (Ct 2, 13-14).

Embellcidos así, queremos vivir sólo para Dios en la plenitud y belleza de nuestro corazón purificado. No queremos mancharlo más en absoluto. No queremos volver más a las tinieblas, olvidando a Dios en los placeres del mundo. Queremos aun hacer como los monjes del pasado, y *huir al desierto, lejos del mundo* en su profanidad, ruido, distracción, atracción, tentación, y decepción; y vivir *únicamente y completamente*, desde ahora en adelante, *sólo* para Dios en la luz, en su luz radiante.

Por eso buscamos aun los agujeros en las peñas, como la paloma, la más pacífica de las aves. Y allí Dios nos busca; y nosotros lo encontramos. Él nos dice: “Paloma mía,

que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto” (Ct 2, 14). El mismo Dios va a estar enamorado de nosotros así, buscándonos en los escondrijos de la soledad a donde hemos *huido* para encontrarlo en toda pureza, lejos de la oscuridad del mundo y sus placeres vacíos y engañosos. Buscándolo así en la soledad, él va a buscarnos a nosotros; y allí lo encontramos, y él arroba nuestro espíritu, elevándolo a las alturas, hasta las cumbres de las montañas, y las cimas de la luz; y somos alumbrados, iluminados, e esclarecidos con su incomparable claridad.

Él nos encuentra en el *desierto* y nos *perfuma* allí con la dulzura de su aliento, que es como manzanas, dándonos un aliento nuevo, la misma respiración del Espíritu Santo, y dice a nosotros: “el olor de tu boca, como *manzanas*” (Ct 7, 8). Esto es porque él mismo es como un *manzano*: “Como el *manzano* entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes” (Ct 2, 3). Nuestro aliento *imita* el suyo. Viene a ser dulce por la dulzura de nuestra contemplación de él, por la dulzura inefable del Espíritu Santo, que viene a ser nuestra propia respiración espiritual.

Así nuestra boca, llena de la santa respiración del Espíritu Santo es dulce, y nuestro amado nos dice: “Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa; miel y leche hay debajo de tu lengua” (Ct 4, 11). Sobre todo la eucaristía pone esta dulzura en nuestra boca y en nuestra respiración. Respiramos a Dios, y esta respiración divina del Espíritu Santo ensancha nuestro pecho. Por eso queremos vivir *a solas* con él en la *soledad*, *llenos* de él, *embellecidos* por él, *perfumados* por él, hasta que todos los que nos ven dicen con asombro y maravilla: “¿*Quién es ésta* que sube del desierto como columna de humo, *perfumada* de mirra y de incienso y de todo polvo aromático?” (Ct 3, 6). Subimos del desierto *perfumados* por la *contemplación* infusa que el mismo Dios infunde en nuestro corazón, transformándonos, llenándonos con la fragancia de la dulzura divina, haciéndonos como un huerto cerrado, llenos de “Nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (Ct 4, 12.14).

Siendo así, como un huerto cerrado, ¿qué más pudiéramos querer, sino que esta dulzura se extienda a otras personas también, para que ellas también pudieran conocer su bondad y dulzura, y ser transformadas? Por eso rezamos que el viento venga y *sople* sobre nosotros, para que nuestros aromas se *desprendan*. Y decimos: “Levántate, Aquilón, y ven, Austro; soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas” (Ct 4, 16).

Y no sólo esto, sino que el mismo amado divino nos visita en nuestro huerto. Es decir, él nos visita como su *propio* huerto, que somos nosotros. Por eso rezamos: “Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta” (Ct 4, 16). Y él viene y come de nuestro amor. El mismo Dios se nutre de nuestro amor, que él puso en nosotros. Él se sacia de nuestro amor como nosotros nos saciamos de su amor. Es un enamoramiento mutuo. De verdad, él nos ama tanto: “Porque de tal manera *amó Dios* al *mundo*, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn 3, 16). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que *él nos amó a nosotros*” (1 Jn 4, 10).

Dios nos ama tanto que él viene a nosotros, para revelarse a nosotros. Nosotros somos su huerto, embellecido por él, por su amor. Somos hechos un huerto fragante por su amor. Y ahora él mismo viene a su huerto, que es nuestro corazón, para disfrutar de nuestro amor por él, mientras que él nos llena de su amor. Él nos dice: “Yo vine a mi

huerto, oh hermana, esposa mía; he recogido mi mirra y mis aromas; he comido mi panal y mi miel, mi vino y mi leche he bebido” (Ct 5, 1).

Por eso somos llenos de sus perfumes y aromas, “como columna de humo, *perfumada* de mirra y de incienso y de todo polvo aromático”, subiendo del desierto, nuestro lugar de encuentro con Dios (Ct 3, 6). En el desierto estamos recostados sobre él, hasta que los que nos ven dicen: “¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado” (Ct 8, 5)? El desierto es nuestro refugio, un lugar que pocos aman. Pero sobre todo son los monjes que sí, aman el desierto, porque allí no hay distracciones ni placeres. Y ellos buscan una vida vivida sólo para Dios, sin distracciones ni placeres de este mundo. No hay nada de atracción mundana en el desierto. Hay sólo Dios y la soledad y silencio. Y es en la soledad que encontramos y experimentamos a Dios. Allí podemos purificar nuestros sentidos porque no hay nada de ocuparlos; y allí podemos purificar nuestras potencias internas, nuestros pensamientos, memoria, y deseos, porque no vemos nada humana, nada material, nada mundana, nada carnal en el desierto que pueda añadir nueva estimulación a nuestras pasiones, pensamientos, memorias, imaginaciones, y deseos. En el desierto seremos purificados, tanto en nuestro espíritu como en nuestros sentidos, para experimentar a Dios más abundantemente. Por eso los monjes siempre han amado tanto el desierto, lugar por antonomasia de la purificación del cuerpo y del corazón para experimentar a Dios, para vivir iluminados por su esplendor.

Vamos al desierto para purificarnos, y subimos del desierto como una columna de humo, perfumada de los aromas divinos de la contemplación que un alma purificada experimenta allí. Subimos del desierto recostados sobre nuestro amado (Ct 8, 5).

¿Y dónde podemos encontrar el desierto? ¿No es en el despojo completo de nosotros mismos, en el desprendimiento de todo lo creado, en dejándolo todo como los primeros discípulos que abandonaron sus redes y barca para seguir a Jesús? “Y cuando trajeron a tierra las barcas, *dejándolo todo*, le siguieron” (Lc 5, 11). Y cuando Jesús dijo a Leví: “Sígueme”, él, “*dejándolo todo*, se levantó y le siguió” (Lc 5, 27-28).

El que deja todo placer que es posible dejar de este mundo vive ya en un desierto del espíritu, lleno de aromas divinos. Para el que vive así, su vida en el desierto es más como una vida en un jardín de frutas que en un desierto, porque allí él experimenta el amor divino de una manera más intensa y más bella que en cualquier otro lugar, y dice: “Las mandrágoras han dado olor, y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío he guardado” (Ct 7, 13). Allí vivimos bajo la bandera de su amor: “Y su bandera sobre mí fue amor” (Ct 2, 4).

De verdad, el vivir en el desierto así, lleno del Espíritu Santo y de la inhabitación del la Santísima Trinidad, es como vivir en una enramada en un jardín de bellas y deliciosas frutas “a nuestras puertas”: “Y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas” (Ct 7, 13). Cuanto más vivimos en el desierto, tanto más bellas y deliciosas son las frutas que nos deleitan allí, y tanto más bello es el mundo espiritual en que vivimos.

Y ¿qué es el desierto, sino la *ausencia* de todo deleite creado, y la *presencia* de todo deleite celestial? *El uno nos viene al precio del otro*, como el mercader en busca de buenas perlas sólo obtuvo la perla preciosa al ir al desierto, es decir: al dejar todo deleite creado, vendiéndolo todo. Así es la explicación más profunda por la cual en el siglo IV y V los desiertos de Egipto y Palestina fueron poblados de millares de monjes. ¿Qué buscaban estos monjes en el desierto? Buscaban a Dios de una manera *más manifiesta, intensa, y profunda*; buscaban una *experiencia personal* del amor de Dios en su corazón;

y aprendieron que *este* es el método para encontrarlo *más abundantemente*, es decir: dejar al mundo y volver hacia el interior, encontrando los deleites celestiales en un sequedal terrenal. Esto, para ellos, puesto que el martirio no fue más una posibilidad, fue la manera más radical de abrazar la cruz salvadora y vivificante de Jesucristo con todo su corazón y cuerpo. En la *cruz* es *vida*. En la *cruz* es *Dios*. En la *cruz* es *verdadera alegría*. En la *cruz* es *esplendor y amor divino*. Este es el *gran descubrimiento* de los monjes en el desierto. El *desierto* fue para ellos su *cruz*, que les dio tanta *vida y alegría*. En los primeros siglos de la Iglesia, el desierto fue el lugar por antonomasia en que el hombre podía *abrazar la cruz radicalmente*, y ser alimentado abundantemente por ella en su espíritu.

Es por eso que el esposo le dice a su amada humana, es decir, a nuestro espíritu: “Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa” (Ct 4, 11). Nuestros labios destilan miel porque hemos *abrazado* la *vida* de la *cruz vivificadora*, que contiene *toda dulzura*. ¡Qué vida bella es esta! Es como si tuviéramos casi constantemente “miel y leche debajo de [nuestra]... lengua” (Ct 4, 11). Esto es porque respiramos el Espíritu Santo en nuestra respiración que da tanta dulzura a nuestro aliento, como afirma nuestro amado: “el olor de tu boca, como de manzanas” (Ct 7, 8).

Nuestro esposo es como un buen vino que nos embriaga espiritualmente. Y él nos encuentra a nosotros así también, como un buen vino, y por eso dice: “¡Cuánto mejores que el vino, tus amores!” (Ct 4, 10). Él es vino para nosotros; y nosotros somos vino para él. Él nos embriaga espiritualmente; y nosotros nos encontramos perdidos en su amor, lejos del mundo, regocijando en el Espíritu Santo dentro de nuestro espíritu, en el *desierto*, *abrazando*, con *amor*, la *cruz* de Jesucristo, en la cual es toda nuestra vida y *alegría*.

Cuanto más lejos del mundo y de sus deleites podemos ir, tanto más son los deleites del Espíritu Santo que Dios nos otorga, y con que él nos enriquece, hasta que queremos habitar en los lugares *más remotos y aislados*, y más difíciles de acceso por los hombres, para vivir siempre allí a solas con el gran amor de nuestro corazón. Por eso hemos buscado no sólo los desiertos como lugar de refugio del mundo y sus deleites materiales, sino también los montes más altos y escarpados, y más difíciles de acceso, para vivir siempre en la luz, en las cimas de la luz, calentándonos en el esplendor de la gloria de Dios.

Y por eso él nos busca a nosotros adonde hemos ido en busca de él, en las alturas, en las cumbres de las montañas, y nos invita a vivir siempre con él en la luz, en su resplandor luminoso. Y nos dice: “Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía; ven conmigo desde el Líbano, ven y ser coronada. Mira desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y de Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos” (Ct 4, 8).

Allí en las alturas, moramos con el amado de nuestro corazón. No hay límites para el amor. El amor irá hasta los confines de la tierra para encontrarse con el amado de su corazón. Y este amor nos lleva hasta las cumbres de las montañas, hasta los lugares más remotos e inaccesibles, para estar a solas con el amor de nuestra alma. *Cuanto más renunciamos al mundo y a sus deleites, tanto más encontramos deleites en el Señor*. Canto más volvemos hacia el *interior*, y dejamos lejos lo *exterior*, tanto más abundantemente nos encontramos con el Señor. Por eso vamos a las alturas, y a los desiertos más remotos y *vacíos de todo deleite creado*; y allí descubrimos los *gozos más*

intensos e íntimos del amor divino. Esta es la especialización de la vocación monástica. Así ella enriquece al mundo.

¡Qué bellas son los montes del Líbano, las cimas de Amana, Senir, y Hermón, montes cubiertos de nieve, blanqueados, refulgentes, llenos de luz! Así es la vida lejos del mundo en búsqueda del Señor, vivida con nuestra tienda armada permanentemente en las cimas de la luz. Nuestros únicos compañeros son los animales más raros, insólitos, y raras veces vistos, los leones de las montañas, las pumas; y los leopardos de la nieve. En la belleza de la naturaleza y en los lugares más remotos, encontramos a Dios, el amor de nuestra vida, con su luz y esplendor. ¡Qué vida espléndida y fulgurante es esta! ¡Qué belleza! ¡Qué riqueza!

Y todo esto es prometido a los más pobres en espíritu, a los *más lejos de la riquezas y deleites de este mundo*, a los que viven en los desiertos más profundos, y en los montes más altos y escarpados, a los que viven, por amor a él, aun “en los agujeros de la peña”, en los riscos que dominan con la vista al mar, “en lo escondido de escarpados parajes” (Ct 2, 14). “Bienaventurados los *pobres* en espíritu, porque *de ellos* es el reino de los cielos” (Mt 5, 3).

¿Cómo estaría vivir así en uno de estos agujeros de la peña, en un risco escarpado con plena vista del mar y con una panorámica sin obstáculo hasta el horizonte, donde el mar y el cielo mezclan y vienen a ser uno? ¿Cuántos ermitaños han escogido para sí mismos habitaciones así por el amor de Dios, en su deseo de *dejar todo de este mundo* por él, y vivir en silencio y soledad con él? La mera vista del mar, desde su altura en el agujero de la peña en el risco (Ct 2, 14), es un recuerdo constante de las alturas espirituales en que ellos viven, *despojados de este mundo y llenos del vino divino que embriaga su espíritu*. Y esto sólo es interrumpido por caer en imperfecciones, que nos abruman, y entristecen nuestro espíritu.

Y ¿qué come este ermitaño? Cosas ligeras, naturales, sencillas, y simples, sin adorno, sin ornamento: “Sustentadme con pasas, confortadme con manzanas; porque estoy enferma de amor” (Ct 2, 5). Una persona enferma de amor no quiere ningún entretenimiento. Ha perdido interés en todo lo de este mundo, excepto su amado. Encuentra alegría sólo en él. Ella vive por él y sólo para él. Así es con nosotros. Nuestro amor por Dios es como una enfermedad que destruye nuestro interés y nuestro gozo en todo lo demás. Tenemos gozo sólo en nuestro amado, Dios, por el cual hemos renunciado a todo lo demás, y hemos perdido interés en todo lo que hemos dejado, y nunca más querríamos volver a las cosas que ya habíamos renunciado. Estamos, de verdad, enfermos de amor. Languidecemos por él, y él nos sostiene.

Al principio, de verdad, y durante nuestro noviazgo con él, estamos así como enfermos, porque todavía no somos perfectos, y por eso Dios nos visita sólo de vez en cuando, y entre sus visitas nos deja como enfermos. Pero después, es diferente, cuando estamos como casados con él. Llegamos a un estado diferente y estable en que él no nos abandona más —si no caemos en imperfecciones—, y en que sabemos con seguridad que él está siempre con nosotros; y vivimos diariamente en su espléndida luz que resplandece en nuestro corazón, regocijándonos. Entonces no estamos más *enfermos* de amor, sino *vivificados* por el amor, *fortalecidos* por el amor, *regocijados* por el amor, enriquecidos por el amor, iluminados y esclarecidos por el amor divino e infinito, que nos embriaga inefablemente.

El amor por Dios requiere *obediencia perfecta* si queremos experimentarlo en toda su riqueza y belleza. Esta es la enseñanza clara de Jesús: “El que tiene mis *mandamientos*, y los *guarda*, ése es el que me *ama*; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Jn 14, 21). “El que me *ama*, mi *palabra guardará*; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Jn 14, 23). “Si guardareis mis *mandamientos*, permaneceréis en mi *amor*” (Jn 15, 10). “...el que *guarda* su *palabra*, en éste verdaderamente el *amor* de Dios se ha *perfeccionado*” (1 Jn 2, 5).

Si desobedecemos, aun un poco, esto nos impedirá llegar a la unión con Dios. Es el Espíritu Santo dentro de nosotros que nos dirige y nos muestra lo que él quiere que hagamos para ser perfectos y entrar así en la experiencia de Dios en amor. El Espíritu nos dirigirá al *desapego perfecto de todo lo creado* y a *despojarnos* de todo lo innecesario de esta vida, para que vivamos sólo para Dios en amor y unión. El Espíritu Santo nos dirige a la perfección —y todos son llamados a la perfección. Por eso él nos dirige a dejar todo, y a servir sólo al Señor, como a nuestro *único* maestro y Señor, como nuestro *único* tesoro, como nuestro *único* interés y gozo en esta vida. Él es el tesoro escondido y la perla preciosa que se obtienen *sólo al precio de todo lo demás*. Por eso Jesús nos enseña: “Así, pues, cualquiera de vosotros que *no* renuncia a *todo* lo que posee, *no puede ser* mi *discípulo*” (Lc 14, 33). Esta es la vida monástica.

Esta es la puerta *angosta* y el camino *estrecho, inclinado, y difícil* de la vida que *pocos hallan*; pero es la *única* puerta de entrada en *toda esta belleza*. Es en obediencia a esta voz interior del Espíritu Santo que millares de monjes han poblado los desiertos de Egipto y Palestina en el IV y V siglo. Estaban buscando una vida *más perfecta*, una vida *mejor*, una vida *más llena* del amor de Dios. Si todavía estamos apegados a los deleites innecesarios de esta vida, ¿cómo podremos llegar a *experimentar* todas estas riquezas como Dios quiere? ¡No vamos a llegar! Si no somos purificados de nuestras pasiones y librados de ellas y de todo deseo por los deleites creados, *no experimentamos* esta *riqueza*, porque estamos llenos de *otras* cosas, y no hay lugar para Dios en nosotros. Así estamos desviados. No estamos en el camino de la vida, que es el bello camino de la cruz, del desierto, y del monte aparte. Por eso, escojamos el camino de la vida: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal...escoge, pues, la vida, para que vivas...” (Dt 30, 15.19).

¡Qué benditos somos, si *obedecemos perfectamente todas las inspiraciones* del Espíritu Santo! Puesto que, de hecho, son muy pocos los que obedecen a Dios perfectamente en todo, seremos entre los *pocos* bendecidos así en esta tierra. El salmista tenía esta experiencia. Dice: “Cuánto amo tu voluntad: todo el día la estoy meditando; tu mandato me hace *más sabio* que mis enemigos, siempre me acompaña; soy *más docto* que todos mis maestros, porque medito tus preceptos; soy *más sagaz* que los ancianos, porque cumplo tus leyes...qué dulce al paladar tu promesa: más que miel en la boca” (Sal 118, 97-100.103). Estos versículos son muy impresionantes. Normalmente uno no espera ser más docto que *todos* sus *maestros*, ni más sagaz que los ancianos. Normalmente es exactamente lo opuesto. El maestro es normalmente más sabio, y lo mismo el anciano. Pero puesto que *tan pocos* son los maestros y los ancianos que *obedecen* a Dios *perfectamente*, puede suceder que si hay un estudiante o un joven que, de verdad, obedece *perfectamente*, mientras que sus maestros y ancianos *no* obedecen perfectamente, sería que el estudiante o el joven va a ser *más sagaz* y *más sabio* que sus maestros y ancianos que no obedecen. Así fue el caso con los jóvenes santos, como santa

Rosa de Lima, santa Catalina de Siena, la beata Isabel de la Trinidad, el beato hermano Rafael, y santa Kateri Tekakwitha.

Y así es; y la experiencia de los santos ilustra esta verdad. Vemos a santos jóvenes mucho *más sabios* que sus padres, maestros, guías espirituales, y ancianos. ¡Qué batallas ellas tenían con sus padres y ancianos! Lo mismo sucede en cada edad cuando una persona joven *obedece de verdad*, en medio de personas mayores que no obedecen perfectamente la voluntad de Dios. Ellos pueden dar gracias a Dios por su don de la sabiduría, y entonces usarlo en toda humildad para iluminar a los demás.

Pero es difícil obedecer siempre, porque habrá situaciones nuevas en que *no* sabemos exactamente lo que debemos hacer, y podemos decidir rápidamente sin reflexionar, y descubrir después de actuar que hemos pecado, que nos hemos equivocado en nuestra decisión y acción, y que Dios no fue agradado por nuestra acción, aunque al momento de actuar, creímos que sí, esta acción le agradaría a Dios. Entonces para avisarnos de que nos hemos equivocado, él nos castiga dentro de nuestro espíritu, y caemos en depresión. Cuando esto sucede, debemos arrepentirnos inmediatamente, enmendar nuestro comportamiento erróneo, y dar gracias a Dios por habernos mostrado su voluntad para con nosotros con tanta exactitud. Así en el futuro, podremos actuar más exactamente según su voluntad, y así crecer en la virtud y la santidad, y caminar con más seguridad en su luz.

Al ser castigados así en nuestro espíritu, perdemos por un tiempo esta gran paz y alegría en el Señor, quizás por unas horas, o por un día. Él nos la quita de nosotros para enseñarnos con más exactitud el camino de la perfección, de la virtud, y de la santidad. Pero después de habernos enseñado algo importante por medio de este castigo, él nos devuelve otra vez su gran luz, tranquilidad, y paz, que es nuestro nuevo estado como personas purificadas del mundo, perfeccionadas, y obedientes.

Al obedecer perfectamente, uno se *despoja* de todo deleite creado, y, en tiempo, va a madurar, y eventualmente ser librado de la esclavitud de sus pasiones y purificado en sus sentidos y potencias interiores, llegando así a la pureza de corazón, y, al fin, a un estado estable de unión con Dios, con experiencias frecuentes de la oración de unión, en que Dios es *experimentado*, sin meditación, en luz deslumbrante, algo que limpia a una persona cada vez más interiormente y la desapega siempre más del mundo y de sus placeres. Una persona mayor que esta persona, pero que no obedece perfectamente ni se despoja completamente de todo lo creado, de todos los placeres de este mundo y de esta vida, nunca va a llegar a esta perfección, sabiduría, y madurez espiritual. Una persona joven, pero espiritualmente madura, va a entender y poder discernir cosas más recta, justa, y sabiamente que cualquier persona mayor que ella que *no* obedece perfectamente. Por eso las personas *obedientes* pueden mostrar el camino correcto a los demás, a sus maestros y mayores.

II

“Como el lirio entre los espinos,
Así es mi amiga entre las doncellas”
(Ct 2, 2).

¿Qué son los espinos? Son cosas o fuerzas negativas y nocivas. Entre estas cosas, *nosotros* nos destacamos —como el *lirio* entre los espinos— por Jesucristo, que nos ha recreado a su imagen por el bautismo. Pero, de verdad, el bautismo es sólo el *comienzo* de nuestra *transformación y embellecimiento*. Él pone en nosotros los primeros rasgos de la imagen divina, pero lo demás está dependiente del desarrollo que nosotros hacemos, sirviéndonos de los dones recibidos. Si *no* colaboramos, seremos más como los *espinos* que como el *lirio*. Podemos decir, entonces, que las personas que *no* colaboran por su propia obediencia perfecta con los dones recibidos en su bautismo son los espinos. Si colaboramos, por medio de nuestra obediencia perfecta a las inspiraciones del Espíritu Santo inhabitando en nuestros corazones rehaciéndonos en la imagen del Hijo divino, entonces nosotros somos el lirio entre los espinos. Nosotros, entonces, somos los *sabios* entre nuestros enemigos necios, los *más doctos* entre todos nuestros maestros, los *más sagaces* entre los ancianos (Sal 118, 97-100.103). Y ¿por qué? Porque el mandamiento del Señor siempre nos acompaña, porque meditamos sus preceptos, y cumplimos sus leyes mejor que todos nuestros *enemigos, maestros, y ancianos*. Por eso nosotros somos el lirio entre espinos; y los espinos son nuestros enemigos, maestros, y ancianos que no obedecen perfectamente las inspiraciones del Espíritu Santo. ¡Qué feas son los espinos y cardos en comparación con el lirio!

Pero aun así, para que no nos enorgullezcamos, Dios nos deja caer en *muy pequeñas* imperfecciones y nos castiga en nuestro espíritu, y así caemos en depresión y tristeza, y nos sentimos culpables por haber desobedecido y ofendido a un Dios tan bueno. Así él nos protege de los pecados y faltas grandes, y siempre estamos *perfeccionándonos* más en las cosas muy pequeñas, eliminándolas una por una. Así *crecemos* cada vez más en la virtud y santidad, y permanecemos siempre humildes ante Dios y delante de los hombres. Pero aun así, somos los lirios entre los espinos si vivimos *radicalmente obedientes* a la voluntad de Dios, tratando en todo, todo el tiempo, de obedecerle *perfectamente y radicalmente*, no importa la costa.

No hay límite a nuestro crecimiento en la belleza, a nuestra transformación en la imagen del Hijo de Dios. Si obedecemos perfectamente hoy, entonces mañana o pasado mañana, o después de una semana o un mes, el Espíritu Santo nos mostrará *otro* paso para nuestro progreso en el camino de las virtudes y en la vida virtuosa, para que nos asemejemos más aún al Verbo encarnado, que es la perfección a la cual somos llamados. Entonces Dios espera ver si obedecemos esta nueva dirección y hacer este nuevo paso. Si él ve que obedecemos, nos mostrará otro aún, y seguirá así. Así *subimos continuamente* la escala de la perfección, la escala de las virtudes.

Pero si *no* obedecemos y *no* hacemos este paso, entonces Dios *no* nos mostrará otro, porque ve que no somos dispuestos a obedecerlo, no somos orientados hacia la perfección; sino que estamos más bien arraigados en nuestra voluntad propia, y preferimos nuestros propios gustos, ideas, y placeres a la voluntad de Dios. Si Dios ve que esta es nuestra orientación, entonces él dejará de inspirarnos más en los nuevos pasos de la perfección; y nos asemejaremos a cardos y espinos; no al lirio que siempre está subiendo la escala de la perfección, acercándose cada vez, cada día, más a Dios, desarrollando los primeros rasgos de la imagen del Hijo que recibimos como semillas en nuestro bautismo.

Y ¿cómo es vivir así, como un lirio entre espinos? Es vivir con un sentido de una vocación, de una misión, que es doble: es 1) una vocación de resplandecer ante Dios, para la alabanza de Dios, y 2) es una misión de resplandecer ante los hombres, para la iluminación del mundo. Por eso sentimos una misión a los espinos, a los cristianos que han parado en el camino, porque parando así en el camino, se han desviado, porque en el *camino de la vida*, siempre tenemos que hacer *progreso*, *siempre* haciendo *nuevos pasos*, según las *siempre nuevas inspiraciones* del Espíritu Santo. Por eso somos como un lirio que tiene una misión hacia los cardos y espinos que le rodean. Es una misión de *despertarlos y ayudarlos a hallar otra vez el camino verdadero de la vida* que han dejado, buscando *otro camino más cómodo y fácil*, pero que *no* les llevará a la perfección. Queremos que ellos también sean lirios; y no más espinos.

III

*“Como el manzano entre los árboles silvestres,
Así es mi amado entre los jóvenes;
Bajo la sombra del deseado me senté,
Y su fruto fue dulce a mi paladar”
(Ct 2, 3).*

Normalmente no encontramos fruta que se puede comer en los árboles silvestres; pero de vez en cuando descubrimos un manzano silvestre entre estos árboles sin fruta, y ¡qué alegría nos da, en un día de calor, si tenemos sed durante nuestra excursión en las montañas y no tenemos nada de beber! Podemos disfrutar de su dulce jugo para apagar nuestra sed; o, si no inmediatamente, entonces, por lo menos, cuando lleguemos a la casa con nuestros bocillos llenos de manzanas frescas y dulces.

Así es Cristo por nosotros. Él es dulzura para nuestro paladar, que apaga nuestra sed. Puede ser que no saboreamos su dulzura inmediatamente, pero en poco tiempo, si perseveramos fieles a nuestra vida de fe, mortificación, oración, y perfecta obediencia, seremos abundantemente recompensados. De verdad, él es *“como el manzano entre los árboles silvestres”* (Ct 2, 3). Da buen fruto.

Y nosotros somos recreados en su *imagen* por la acción del Espíritu Santo en nosotros, “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos

conformes a la *imagen* de su Hijo” (Rom 8, 29). El Espíritu Santo, inhabitando en nuestro corazón, es el Espíritu del amor entre el Padre y el Hijo. Por medio del Espíritu Santo el amor de Dios fue derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5). Y el Espíritu Santo nos hace hijos en el Hijo unigénito: “habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Rom 8, 15). Y es el Espíritu Santo que nos rehace en la *imagen* del Hijo unigénito, como afirma san Pablo: “somos transformados de gloria en gloria en la misma *imagen*, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18).

Así somos transformados interiormente por el Espíritu Santo y hechos nuevos en la imagen del Hijo de Dios, a quien tanto amamos. Es nuestro *amor* por él que nos *impulsa* a *imitarlo* cada vez más. Queremos acercarnos cada vez, cada día, más a él en amor e imitación. Es verdad que el *amor* desea *semejanza*. Queremos asemejarnos a quien tanto amamos. Es por el amor que los santos hicieron todo lo posible para asemejarse cada día más a Cristo de la manera que el Espíritu Santo les inspiró, haciéndose cada vez más pobres, mas pobres en espíritu, más desprendidos, más despojados, siempre más desasidos del mundo y de todos sus placeres, más conformados a Cristo crucificado, transfigurados en su imagen, no sólo en una forma inicial como la que recibimos en el bautismo, sino en una forma siempre más *desarrollada* y *perfecta*, incluyendo *todo aspecto de nuestra vida*. Esta, de verdad, es la obra del Espíritu Santo en nosotros, transformándonos así en amor.

El Espíritu Santo sólo puede transformarnos así si lo obedecemos, si seguimos *todas* sus *inspiraciones* interiores para una vida de perfección, para una vida más perfecta, para una coherencia cada vez más verdadera entre los deseos espirituales y santos de nuestro corazón por una parte, y nuestro comportamiento diario exterior por otra parte. Así él nos *diviniza*, no sólo en el fondo de nuestro corazón —algo que hizo en nuestro bautismo— sino que también en todos nuestros pensamientos, deseos, e imaginaciones, es decir, en nuestras potencias interiores, incluso en nuestras pasiones, librándonos de la esclavitud de ellas, si somos *siempre perfectamente obedientes a todas sus inspiraciones*, viviendo en coherencia perfecta con esta obediencia, siempre, en todo, sin excepción. Y cuando caemos fuera de esta obediencia, al caer en imperfecciones, caemos en la oscuridad y tristeza. Entonces, tenemos que arrepentirnos y depender otra vez del perdón de Jesucristo.

Así es la vida de un santo. Y estas personas son raras en este mundo, porque, de verdad, *pocos* son los que viven así en *obediencia* y *despojo perfecto* de sí mismos. Pero si vivimos así, nuestra vida vendrá a ser iluminada, resplandeciente, y llegaremos, en nuestro debido tiempo, a la unión con Dios en la luz. Y la oración de unión, el tipo más profundo de oración, será una experiencia frecuente, sobre todo cuando nos sentamos en silencio después de recibir la eucaristía. Un *silencio perfecto* antes y después de la Misa es, yo creo, *indispensable* para tener esta experiencia después de recibir la eucaristía. Sin este silencio *perfecto* en estos tiempos, creo que es *imposible* tener estas experiencias durante este tiempo más propicio para la contemplación. Esta ha sido mi experiencia.

En la oración de unión, caemos en un estado de fervor intenso e iluminado, en que somos unidos con Dios, sin pensamientos, meditación, ni palabras; perdidos en luz, hundidos en Dios, inundados con ondas de luz. Esta oración breve, entonces, ilumina toda nuestra mañana, y a veces la tarde también, y aun puede continuar iluminándonos por días ininterrumpidos, permitiéndonos vivir en un esplendor que llena nuestro

corazón, y dándonos el gran deseo de ver a Cristo cara a cara en su gloria cuando venga con las nubes del cielo, rodeado de todos los santos en gran luz.

Desde entonces en adelante —es decir: desde esta experiencia de la oración de unión— queremos vivir sólo para él, y dejar todo lo demás que nos distrae; y así lo hacemos, viviendo en el *desierto* con todo *fervor*. Nuestro *desierto* es nuestro *despojo perfecto* de *todo lo creado*, en la medida que esto es posible en esta vida, viviendo desde ahora en adelante de la manera más simple, pobre, sencilla, y austera posible, *desprendidos* de todo, queriendo *sólo* a Dios, sólo al Hijo unigénito, conformándonos cada vez más al Hijo, viviendo, de verdad, como su imagen restaurada en nosotros por obra del Espíritu Santo. Así somos resplandecientes, con el mismo Jesucristo resplandeciendo en nuestros corazones, iluminándonos por dentro, transformándonos y divinizándonos *en verdad* por obra del Espíritu Santo.

Nuestro único deseo, entonces, es *imitarlo perfectamente* en *todo*, y vivir en alegre expectativa por su venida gloriosa, que transformará nuestro mundo en el reino de Dios. Esta transformación *ya ha empezado*, y nosotros colaboramos con ella por el testimonio en el mundo de nuestra vida santa, unida a Dios, y por el mensaje de nuestra palabra que explica nuestra bella transformación en la imagen del Hijo. Así es la dulzura de Cristo, como un manzano silvestre, que nos llena de su dulzura y apaga toda nuestra sed.

IV

“Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por los corzos y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera”
(Ct 2, 7).

El amor es poderoso. Es una fuerza que nos *inunda* y lleva a donde Dios quiera. Ten cuidado, entonces de él. Si lo despiertas antes del tiempo, antes de que tú estés dispuesto a seguirlo, sería peligroso. Sepas que tu vida nunca va a ser la misma. Todo va a cambiar y ser renovado, y tú vas a ser una *nueva criatura*, muerto y resucitado con Cristo, un hombre *diferente*, con un comportamiento diferente, con un corazón, de verdad, *nuevo y diferente*. Tú vas a ser un *hombre nuevo*, renovado por el Espíritu Santo a la imagen de Jesucristo para la gloria de Dios Padre. Vas a ser nuevo en todo, en *todo aspecto* de tu vida, en todo tu comportamiento. Por eso piensa bien antes de despertar este amor divino, caracterizado por la *perfecta obediencia a todas las inspiraciones del Espíritu Santo*. “Porque *fuerte* es como la muerte el amor; *duros* como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos” (Ct 8, 6-7).

Así hace el esposo de nuestra alma, Jesucristo, que nos viene “sobre las montañas de los aromas” (Ct 8, 14), para llenarnos con sus aromas y embriagarnos con la fragancia de sus ungüentos. “Su aspecto es como el Líbano, escogido como los cedros” (Ct 5, 15). Y

él nos atrae a correr tras de él, en pos de él, *imitando el mismo estilo de vida* de él a quien amamos, una vida *crucificada, crucificada a este mundo, y llena de amor*. Él nos atrae a los lugares más remotos en pos de él, hasta que nosotros seremos como él, y él comentará: “el olor de tus vestidos, como el olor del Líbano” (Ct 4, 11). Y nosotros comentamos: mejor es “el olor de tus unguentos que todas las especias aromáticas” (Ct 4, 10).

Así es la transformación que él hace en nosotros, hasta que los que nos ven dicen: “¿Quién es ésta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejercito en orden?” (Ct 6, 10). Esto es porque “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz...*resplandeció en nuestros corazones*, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor 4, 6). Esta luz resplandeciente de Cristo inhabitando en nuestros corazones nos hace resplandecer, nosotros mismos, con la luz que dimana de él en su nuevo estado de glorificación. Aunque él vive en gloria y esplendor en el seno del Padre, que nunca ha dejado, él vive también de una manera fulgurante en los corazones de los perfectos.

Sólo los que no han sido *purificados* y los que no son perfectamente *obedientes* no ven este esplendor, porque, como explica san Pablo: “el dios de este siglo *cegó* el entendimiento de los incrédulos, para que *no les resplandezca* la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Cor 4, 4). Esta luz nos trae conocimiento y amor de cosas divinas, del mismo Dios, uno y trino. Es un conocimiento *espléndido y experimentado* de un amor fulgurante, que no nos deja lo mismo, sino que nos *transforma* en su propia *imagen de luz*, como afirma san Pablo: “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la *gloria* del Señor, somos *transformados de gloria en gloria* en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18). Esta *gloria*, iluminándonos por dentro con su *claridad*, nos *transforma* —como dice san Pablo— en su misma *imagen* por obra del Espíritu Santo.

Es una visión de luz interior que nos transforma en Cristo, y esta transformación gloriosa es la obra del Espíritu Santo inhabitando en nosotros. Y, una vez transformados, no somos lo mismo que antes. Somos, de verdad, hombres nuevos y diferentes, viviendo una vida nueva, una vida divinizada, un nuevo tipo, forma, y estilo de vida, una vida de gloria en este mundo —en la medida que esto es posible— siendo así el germen de una nueva raza humana, de una humanidad renovada, de una nueva creación; el germen de los nuevos cielos y de la nueva tierra, que esperamos de Dios. Habiendo sido transformados, nosotros mismos transformamos a los demás por nuestra presencia, ejemplo, y palabras; o mejor dicho, somos *los agentes para la transformación del mundo*.

Vivimos así de antemano un anticipo de la gloria que veremos cuando el Señor Jesucristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil 3, 21). Por eso vivimos ahora en *esperanza*. Somos un *pueblo de esperanza*, *encendidos* por el *amor* de Cristo, *esperando* su plena manifestación y la gloriosa transformación de nuestros cuerpos, los cuales “resplandecerán como el sol” en el reino de nuestro Padre (Mt 13, 43). Esperando esta gloria, vivimos ahora en una gloria reflejada por la presencia de Cristo resucitado resplandeciendo dentro de nuestros corazones.

¡Qué importante es vivir en la luz de esta esperanza de gloria! Ella ilumina nuestra vida en el presente; ella ilumina nuestro sendero. Esta esperanza nos afirma en nuestra vida nueva y en nuestro nuevo estilo de vivir sólo para Dios en todo, dejando todo lo

demás. Así vivimos en alegre expectativa, en la alegría de nuestro corazón, pensando que “aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn 3, 2).

Por eso es mejor, “*oh doncellas de Jerusalén...que no despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera*” (Ct 2, 7). Y ¿no dice Jesús lo mismo? Él nos amonesta de pensar bien antes de comernos en su causa, porque si decidimos a llevar su cruz en obediencia total y seguir en pos de él, toda nuestra vida va a cambiar. Que no nos asemejemos al hombre que empezó a edificar una torre sin sentarse primero a calcular los gastos, “a ver si tiene lo que necesita para acabarla. No sea que después que haya puesto el cimiento”, y no pudiendo acabarla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lc 14, 28-30). Que no nos asemejemos tampoco al rey que marchó a la guerra sin sentarse primero a considerar si tiene soldados suficientes para vencer a su enemigo (Lc 14, 31-32). Y la conclusión que Jesús hace es que para seguirle, tenemos que dejar *todo lo demás*. ¿Estamos verdaderamente dispuestos para esto? Él concluye en el versículo siguiente: “Así, pues, cualquiera de vosotros que *no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*” (Lc 14, 33).

El precio que tendrá que pagar un verdadero discípulo es muy alto; por eso piensa bien antes de comenzar a seguirle, a ver si tienes la capacidad de ir a donde él te dirigirá. Por eso, “*oh doncellas de Jerusalén,...no despertéis ni hagáis velar al amor hasta que quiera*” (Ct 2, 7).

HE AQUÍ HA PASADO EL INVIERNO (Ct 2, 8-17)

I

*“...he aquí ha pasado el invierno,
Se ha mudado, la lluvia se fue;
Se han mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción ha venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.
La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierne dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven”
(Ct 2, 11-13).*

He aquí el tiempo de fruición ha llegado, el tiempo del cumplimiento y madurez en nuestra relación con Dios. Es el tiempo del matrimonio. El tiempo dolorido de la preparación y del noviazgo ya ha pasado —“*ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra*” (Ct 2, 11-12). En Palestina no llueve en el verano, que es el buen tiempo del sol brillante y caliente, el tiempo de flores y frutas, el tiempo de cosechas, y de las canciones de los pájaros. Es el tiempo de alegría. “*El tiempo de la canción ha venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola*” (Ct 2, 12). Ahora hay frutas en los árboles. “*La higuera ha echado sus higos*” (Ct 2, 13). Las vides, que dan su fruto más tarde, en septiembre u octubre, ya están en cierne y dan su olor fragante. “*Y las vides en cierne dieron olor*” (Ct 2, 13). El esposo ha venido para llevarnos *siempre* con él. Es el tiempo de su boda con nosotros. Por eso nos dice: “*Levántate, oh amigo mía, hermosa mía, y ven*” (Ct 2, 13).

¡Cuán bienvenidos son todas estas cosas después del largo invierno cuando no había pájaros, ni flores, ni frutas, ni sol que nos calienta con su calor y que da ánimo a nuestro espíritu! ¡Qué tiempo de alegría es la primavera y el verano, después de la muerte y frío del invierno! Es la vuelta de la vida; y con ella, la esperanza y el amor. Es el tiempo de las celebraciones y de las bodas.

Así es cuando Dios se une definitivamente con nosotros en un vínculo de matrimonio, después de un largo invierno de preparación y purificación de nuestros cinco sentidos y tres potencias del espíritu. Al fin, después de mucho tiempo, muchos años normalmente, llegamos a la meta de nuestra vida humana y espiritual, la cumbre de la vida interior con Dios. Y ¿qué es esta meta? Es una relación estable y continua con Dios en la luz —

interrumpida sólo por nuestras imperfecciones—, una vida de tranquilidad interior y paz celestial, una vida llena del espléndido amor de Dios, una vida de esperanza viva, una vida vivida más en el futuro con anticipación, que en el presente. Es una vida de fe desarrollada y viva, en que las realidades de la fe son más reales que las cosas materiales que vemos con los ojos de nuestro cuerpo. Vivimos, de verdad, en otro mundo, otra dimensión, diferente del mundo visible que nos rodea. Vivimos en el encanto silencioso del amor divino.

Años de mortificación fueron necesarios para llegar a este punto; y una vez llegado, la mortificación no cesa, porque en ella es toda nuestra alegría, porque es la dulce *cruz* de Cristo que nos une a Dios, el camino *angosto* de la *vida*, el camino del *gozo* de nuestro corazón. Este día de cumplimiento es el día de nuestra boda con Dios, un día que regocija el corazón. Por eso “Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el *día* de su *boda*..., *el día del gozo de su corazón*” (Ct 3, 11).

Pasados ya son los tiempos cuando nos parecía que Dios nos ha abandonado, cuando él nos vino súbitamente, como un corzo o cervatillo “sobre las montañas de los aromas” (Ct 8, 14), sólo a desaparecer otra vez, dejándonos desolados y abandonados. Pero ahora él inhabita abundantemente y permanentemente en nuestro corazón, y está siempre con nosotros. Pero no es que su presencia se deja *sentir* y *experimentar* siempre de la misma medida e intensidad. No; esta varía. Pero sabemos que él está siempre con nosotros, y con mucha luz por muchas horas cada día, a veces por muchos días sin interrupción, y nos deslumbra con su luz radiante con mucha frecuencia y regularidad cuando, de verdad, resplandece en nuestros corazones, iluminándonos con gran luz y resplandor, regocijando nuestro espíritu y todo nuestro ser, consumando así nuestra vida en su amor. Esta es nuestra nueva condición de vida —excepto cuando lo desobedecemos al caer en imperfecciones, porque entonces no sentimos su presencia por un tiempo.

Así, entonces, vivimos una vida teologal, en el *amor divino*, inundados de amor, llenos de *esperanza* para su parusía gloriosa, y viviendo en un mundo de *fe* desarrollada y madura, que es más real para nosotros que el mundo físico en la cual habitamos.

Nuestro ser ha sido *purificado* y *renovado* por las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza, y la caridad. Es una vida teocéntrica, una vida nupcial, una vida enamorada de Jesucristo, cuyos misterios son la sustancia y la alimentación de nuestra ama, y a quien imitamos con todo el amor de nuestro ser.

Por eso buscamos dulzura en *nada fuera de él*, porque *cuanto más buscamos dulzura fuera de él, tanto menos dulzura hallamos en él; y cuanto menos dulzura buscamos fuera de él, tanto más dulzura hallamos en él*. Y puesto que él es la dulzura de nuestro corazón, dejamos con alegría todas las demás dulzuras de este mundo. *La Imitación de Cristo* dice: “Cuando un hombre llegue a ese punto de la perfección en que él busca su consolación en *ninguna cosa creada*, entonces, Dios, por la primera vez, empieza a tener un sabor dulce para él” (1, 25).

II

*“¡La voz de mi amado! He aquí él viene
Saltando sobre los montes,
Brincando sobre los collados.
Mi amado es semejante al corzo,
O al cervatillo.
Helo aquí, está tras nuestra pared,
Mirando por las ventanas,
Atisbando por las celosías.
Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven”
(Ct 2, 8-10).*

Así es el amado de nuestro corazón antes de que hayamos entrado en una relación estable y permanente con él que se asemeja al matrimonio. Antes de esto, él nos visita así de vez en cuando, apareciendo súbitamente e imprevistamente, cuando menos lo esperamos, hiriendo nuestro corazón con su presencia y la manifestación de sí mismo en amor; y entonces él se va, y no lo vemos más, quizás por mucho tiempo, ni sabemos cuando él volverá a visitarnos con su amor otra vez. Así él nos da mucha alegría cuando está presente, manifestándose con su amor; pero sólo a dejarnos otra vez desamparados y dolidos, no sabiendo si ni cuando él nos vendrá otra vez.

¿Por qué hace él así con nosotros antes de que hayamos llegado a la perfección y madurez espiritual? Es porque él quiere *encender* nuestro corazón con *amor* y gran interés y deseo para él, para que cambiemos nuestro modo de vivir y nos purifiquemos de todo amor creado, de todo apego a criaturas, y a los placeres de este mundo, para preparar para él un lugar exclusivo y extenso en nuestro corazón, donde él pudiera habitar siempre y supremamente, sin competición alguna para nuestra atención y amor.

Si él no nos hubiera visitado primero así de vez en cuando, hiriéndonos con su amor, no habríamos tenido ningún interés en él ni nos habríamos preparado para él, convirtiéndonos, cambiando nuestro modo de vivir, y purificándonos para él. Y si él nos hubiera visitado y quedado siempre con nosotros desde su primera visita, no habríamos estado preparados para recibirlo como se debe; y él no habría podido reinar supremamente en nuestro corazón sin competición para nuestra atención y amor. Por eso al principio él viene y sale, dejándonos desamparados y abandonados, para que nos preparemos hasta que estemos preparados y purificados, y finalmente librados de la esclavitud de nuestras pasiones por medio de la renuncia de todos los placeres del mundo. Entonces él, sí, puede venir y no salir más, sino que permanecer siempre con nosotros, dentro de nuestro corazón, regocijándonos y llenándonos diariamente con su luz y esplendor.

Sus visitas ocasionales durante nuestro tiempo de preparación, purificación, y purgación del pecado y de los placeres y apetitos mundanos nos da mucha motivación y deseo de no perderlo más y de *permanecer siempre* con este amado tan deseable. Por eso él nos visita así de vez en cuando durante este tiempo de noviazgo y preparación, para motivarnos a cambiar nuestro estilo de vida, para que él pudiera quedar siempre con nosotros.

Entonces, una vez perfeccionados, descubrimos también una alternación en la intensidad y calidad de su presencia en nosotros. A veces es muy intensa, y a otras veces es solamente un estado de tranquilidad interior, pero sin grandes llamas de fuego y esplendor interior, aunque estas revelaciones nos vienen en este estado con frecuencia e intensidad, iluminándonos con su fulgor por muchas horas. La parte más intensa y resplandeciente de estas visitas no duran más que media hora, pero su efecto perdura varias horas, aun muchas horas, sobre todo durante la mañana, y, con mucha frecuencia, toda la mañana, hasta la comida de mediodía. Así es, cuando experimentamos la oración de unión después de comulgar en la Misa matinal. Más tarde, cuando hemos avanzado más, él *permanece* con nosotros *todo el día*, y por muchos días ininterrumpidos —si no caemos en una imperfección.

Entonces, en este espléndido estado permanente de madurez espiritual, que es semejante al matrimonio, una relación estable, constante, y segura de amor y presencia, él viene a veces para iluminarnos más intensamente que normalmente, y, en estos tiempos especiales, él es para nosotros como un corzo o un cervatillo que súbitamente aparece y nos llena de gran alegría. Entonces es como dormimos en luz, bañados de luz, nadando en luz, no sabiendo dónde estamos, o en qué posición estamos, o qué hora es, o cuánto tiempo está pasando. Nuestro entendimiento no está funcionando. No tenemos ningún pensamiento ni idea. No recordamos nada. Sólo nuestro corazón está encendido del fuego del amor divino. No oímos ni vemos nada exteriormente, pero somos perdidos en Dios, una cosa con él, hundidos y sumergidos en él, en luz brillante e inefable.

Cuando volvemos a nuestro estado normal, somos refrescados en extremo y llenos de alegría y fervor espiritual por muchas horas, durante las cuales hacemos nuestro trabajo o estudio o escribimos nuestros sermones con gran gozo de espíritu y con mucho fervor, anhelando una sola cosa, la plena manifestación de Cristo en el último día con todos los santos en gran luz. Y vivimos desde entonces en adelante por este día, preparándonos a nosotros y a los demás para este gran día por medio de nuestras oraciones, lecturas, palabras, sermones, escritos, y por el testimonio de nuestra nueva manera de vivir.

¡Qué bellos son estas visitas intensas y luminosas! ¡Qué llenas de dulzura, qué sabor ellas dejan en nuestra boca, qué palpitación en nuestro corazón, qué fervor! ¡Cuánto estas visitas nos alejan del mundo, cuánto matan en nosotros todo deseo para los placeres mundanos, crudos, ruidosos, y vacíos! ¡Cuánta plenitud estas visitas nos dan, cuánto cumplimiento, cuánta fruición! Es como el cielo ha entrado en nuestro corazón con toda su dulzura. En estos tiempos no queremos aun comer, cuando el tiempo de comer viene, para no bajar nuestro espíritu y disminuir esta dulzura.

“Mi amado es mío, y yo suya; Él apacienta entre lirios” (Ct 2, 16). Yo soy su lirio. Él apacienta en mí. Él mora en mí, dentro de mí, en mi corazón, exaltándolo, llevándolo a las cumbres de las montañas, alimentándolo con dulzura celestial, con pan de ángeles, con paz inefable. Cuando él me visita así, estoy deslumbrado, calentándome en su esplendor como en una hoguera, bañado de ondas de luz, regocijado en todo mi ser.

Estoy como una paloma en el agujero de la peña, respirando a Dios, velando para él, viviendo sólo para él en amor imposible a describir.

Así somos, en los momentos más luminosos, cuando el Señor manifiesta su presencia más abundantemente en nosotros; aunque cuando lleguemos a ser librados de la esclavitud de las pasiones, él nunca nos deja solos, si no caemos en imperfecciones. Sin embargo, hay tiempos de más viva e íntima comunicación en este estado estable, que se asemeja al matrimonio.

Por eso los monjes huyeron al desierto o a los montes, para simplificar sus vidas, para tranquilizar sus corazones, para vivir en gran simplicidad y silencio, lejos de la agitación del mundo y sus honores, placeres, y orgullo. Se fueron para vivir como esta paloma en los agujeros de la peña, en los riscos que dominan con la vista al mar, en una visión panorámica, sin interrupción, sin obstáculo, hasta el horizonte —una visión de paz ilimitada y de serenidad. Así es cuando hemos limpiado nuestro corazón, vivimos en las alturas. Un hombre así “morará en las alturas: picachos rocosos serán su alcázar, con abasto de pan y provisión de agua” (Is 33, 16). Sus “ojos verán al Rey en su *hermosura*; verán la tierra que está *lejos*” (Is 33, 17). El mundo, con sus negocios y placeres, está ya *lejos* de él, y ve al Rey en su *hermosura*.

Pocos son los que pueden vivir así literalmente. Pero más que nada estos picachos rocosos son un símbolo de un *tipo de vida*, una vida de pobreza y austeridad, una vida vivida sólo para Dios en amor, una vida de *desapego* y *desprendimiento* de todo lo terrenal, de todos los placeres de esta vida, una vida de tranquilidad y simplicidad, una vida humilde y sencilla, una vida *llena de Dios*, una vida de silencio y adoración, una vida dedicada completamente a la voluntad de Dios y muerta a la voluntad propia, una vida en la luz, una vida en que Cristo resplandece habitualmente. Esta es la vida iluminada.

Esta es una vida *muerta a este mundo*, a la esclavitud de las pasiones y a los deseos mundanos, muerta al pecado en la muerte de Cristo, y resucitada en su resurrección a una vida nueva, para caminar con él en la luz, en la pureza del corazón, con un corazón indiviso. Es una vida renovada por obra del Espíritu Santo y divinizada. Es una vida perdida en el amor a Cristo, inmolada con él en el deseo de imitarlo y de asemejarse a él. Si está vivida en “picachos rocosos” (Is 33, 16) o en un agujero de la peña (Ct 2, 14), en el desierto, recostada sobre su amado (Ct 8, 5), o en una enramada rodeada con toda suerte de dulces frutas a sus puertas (Ct 7, 13), o en una casa imponente con vigas de cedro y artesonados de ciprés (Ct 1, 17) en un monte de la mirra o en un collado del incienso (Ct 4, 6) con un lecho de flores (Ct 1, 16); o si es una vida vivida en las cumbres de Amana, Senir, y Hermón, cerca de las guaridas de los leones y de los montes de los leopardos (Ct 4, 8), o en una casa humilde y sencilla, como la de Jesús en Nazaret, no importa mucho. Lo importante es que sea una vida *lejos* de este mundo, y cerca de Dios, llena del encanto del silencio y de la tranquilidad en el esplendor del amor divino.

Una vida así se inmola por amor a Cristo y por el deseo de ser como él, inmolándose como él. Es una vida sumergida en el amor divino —como él— y vivida sólo para él. Lo que uno tiene, si vive así, es ofrecido al Señor para el trabajo del Señor y para la extensión del reino de Dios en el mundo. Así todas nuestras fuerzas son puestas al servicio de Dios. Nuestro gran gozo es simplemente vivir *para él* y *con él*, y cada día asemejarnos más a él por nuestro esfuerzo activo y por la obra divinizadora del Espíritu Santo en nosotros, configurándonos cada día más a la imagen del Hijo. La *alegría* de una

vida así en el agujero de la peña es en la *cruz*. Este agujero es su cruz. El desierto es su cruz, porque la vida en estos lugares remotos trata de eliminar todo lo demás, y enfocarse únicamente en Dios.

¿Qué placer hay en el desierto —que es un verdadero placer sin tristeza—, sino Dios y la contemplación amorosa de él en luz radiante casi cada día, que ilumina toda la mañana, y a veces todo el día, inundándolo y sumergiéndolo en el Espíritu Santo y en anhelos por la venida gloriosa del Señor? La contemplación infusa es nuestra alegría. Vale la pena de purificarnos, para poder recibirla con regularidad e intensidad. Esto es lo que uno está haciendo en estos “picachos rocosos” (Is 33, 16) y agujeros de la peña (Ct 2, 14).

Allí uno tiene un “abasto de pan y provisión de agua” (Is 33, 16). No dice que tiene comida *suculenta*. La comida *suculenta* vendrá sólo en el último día, cuando “El Señor de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares *suculentos*, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados” (Is 25, 6). Es decir, el que vive en los picachos rocosos (Is 33, 16), en los agujeros de la peña (Ct 2, 14), tiene sólo cosas necesarias, austeras, y sencillas, para mejor poder enfocarse así con todo su ser en las tres divinas Personas, sacrificándose e inmolándose cada momento en cada cosa al Padre, en amor e imitación de Jesucristo, lleno del Espíritu Santo. Cuanto más sencilla y despojada de todo lo terrenal es su vida, tanto más sumergida puede estar en Dios, tanto más bañada de luz.

EL ENSUEÑO DE LA ESPOSA (Ct 3, 1-5)

I

*“Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;
Lo busqué, y no lo hallé.
Y dije; Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad;
Por las calles y por las plazas
Buscaré al que ama mi alma;
Lo busqué, y no lo hallé”
(Ct 3, 1-2).*

Aquí vemos a la esposa antes de su matrimonio, antes de llegar a una relación estable y constante en la luz con el Señor. Por eso ella todavía está en un estado de purificación interior y preparación para su matrimonio con Dios en amor. Al que ella ama, no está con ella: *“Lo busqué, y no lo hallé” (Ct 3, 1)*. Por lo menos, ella está buscándolo. Está buscándolo porque ya ha tenido mucha experiencia de él, y está ya completamente enamorada de él, herida en su corazón por amor a él, hasta el punto de que no puede vivir sin él. Por eso ha llegado al punto de que está lista para dejar todo lo demás de su vida para vivir desde ahora en adelante sólo para él. Pero todavía no ha sido suficientemente *transformada* para poder disfrutar casi siempre de su amor y presencia.

Ella ha aprendido que no puede ser feliz *sin él*. Y sin él, nada más de este mundo le interesa, nada la atrae. Quiere dejar todo, porque este gran amor de su alma ha hecho todo lo demás *sin él* como algo soso, sin sabor, sin interés. Este amor ha cambiado su vida, toda su orientación, todo su comportamiento.

Así Dios nos enseña y nos atrae a sí mismo. Primero, él se revela a nosotros en un gran reventón de luz radiante; y entonces él se va y se esconde de nosotros, dejándonos desamparados, como huérfanos, para que podamos buscarlo propiamente por medio de su *cruz*, y al *imitar la humanidad crucificada* del Verbo encarnado. Si él no se hubiera revelado a nosotros así, no habríamos sentido la necesidad de buscarlo. Y si él no nos hubiera dejado así, no habríamos abrazado su cruz para encontrarlo otra vez. Sus visitas amorosas, junto con sus desapariciones, nos encaminan en el camino estrecho de la vida, que es la *cruz*, el único camino que nos unirá con él en un amor permanente y satisficente.

Este camino de la cruz es el único camino que nos dará la *felicidad* y nos *colmará* del *amor divino*, que nuestra alma herida anhela. Esto es porque este es el único camino de

la *purificación*, que nos hace *capaces de recibir este amor*. Dios no puede morar profundamente en una persona no purificada. Él sólo puede visitarla, hasta que ella ha terminado el camino áspero de la purificación. Cuando, después de mucho tiempo, su purificación ya está terminada, la cruz le parece cada vez *más* dulce; mientras que las dulzuras de este mundo le parecen cada vez *menos* dulces, meno atractivas, y menos interesantes.

Al fin, cuando su purificación está terminada, toda su dulzura está en cosas sencillas, humildes, austeras, sin sabor, sin placer. Su lugar predilecto para vivir es el desierto, el paisaje más congenial con su alma. Allí ella puede *crucificarse* con Cristo en *amor* cuanto quiera, quemarse, inmolarse, y ofrecerse “como ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2), y esto es la *alegría* de su *alma*. Cuanto más ella pueda crucificarse e inmolarse con Cristo, el amado de su alma, tanto más se llena de amor por él, hasta que Cristo crucificado no sale más de su alma crucificada en todo por él.

Es Cristo crucificado, pero al mismo tiempo glorificado, que ya reside en su alma. La gloria de él la glorifica a ella, llenándola con el esplendor de su amor. Y así, al fin, después de una larga jornada, ella *halla* el amor de su alma, que ella tanto buscaba. “Apenas he pasado de ellos un poco, hallé luego al que ama mi alma. Lo así, y no lo dejé” (Ct 3, 4). Abrazando la cruz, ella halla la resurrección espiritual y a Cristo glorificado morando ahora en su alma, dimanando sobre ella esplendor y gloria, glorificándola en su brillo y fulgor, iluminándola y divinizándola. Esta vez esta no es sólo una visita, sino una convivencia *permanente*, una *inhabitación* abundante en su alma obediente. Ella es *obediente* porque ha finalmente *dejado* todo lo demás para abrazar su cruz, inmolándose por él y con él, y descubriéndose cada vez más unida a él en su esplendor, cuanto más ella se une a él en su pasión y crucifixión. Es Cristo *crucificado* a quien ella abraza; y ella encuentra en sus brazos a Cristo *glorificado*, *glorificándola* a ella.

La humanidad *crucificada* del Verbo humanado es el *punte* que nos une a Cristo *resucitado* y *glorificado*, llenándonos con su *fulgor*. Este es el camino para contactar este gran amor con que él nos sacia y diviniza, para poder calentarnos en su esplendor.

Ahora la novia puede ofrecerse con Cristo al Padre, llena del Espíritu Santo, que es el Espíritu de este amor divino que tanto quema su corazón. Ella busca cada día caminos nuevos para ofrecerse, y así crecer cada día más en el fuego de este amor que la devora. Ella busca cruces, busca austeridades; y ella está siempre rehusando todo lo terrenal, y así Cristo se le manifiesta cada vez más con cada vez más amor; y su oración es ahora, con mucha frecuencia, transformada en contemplación infusa. Por eso dice: “Lo así, y no lo dejé” (Ct 3, 4). Asíó a Cristo crucificado; lo abrazó, y vivió el misterio sabroso de su cruz; y no lo dejó. Él tampoco la dejó a ella, sino que ahora mora *constantemente* en ella, si tan sólo siempre lo obedece. No tiene que buscarlo más como una persona desamparada, como huérfana. Ha hallado a quien buscaba, el amor de su alma.

II

“Apenas hube pasado de ellos un poco,
Hallé luego al que ama mi alma;
Lo así, y no lo dejé,
Hasta que lo metí en casa de mi madre,
Y en cámara de la que me dio a luz”
(Ct 3, 4).

Ella encontró su joya, su perla, su tesoro escondido que buscaba, y nunca más lo dejará. Este es la alegría de su corazón, su ensanchamiento, el que llena su pecho y corre en sus entrañas como agua viva. Es el Espíritu Santo que la regocija tanto, revelándole interiormente la dulzura de Cristo. ¡Qué diferencia hay cuando ella llegue a este estado estable, con el Señor siempre inhabitándola y dirigiendo cada uno de sus pasos con tanta ternura y tanta paz! —¡qué diferencia!— es incomparable, inefable. Es una vida nueva en esplendor y luz, con Jesucristo mismo resplandeciendo en su corazón. Ella es como alguien acampado en el yermo, calentándose de noche frente a una hoguera. Se regocija en este fulgor. El Señor es como un fuego, que, con mucha frecuencia, revienta con chispas y llamas fulgurantes, iluminándola con su espléndida luz y resplandor. Y entre estos reventones, hay paz y tranquilidad, aun cuando está confrontada con varios problemas, incluso persecuciones. Su corazón es feliz, y alterna entre una tranquilidad serena y reventones de luz brillante y fulgurante, deslumbrando todo su ser, empezando desde el fondo más íntimo de su corazón. Así regocija el Espíritu Santo el alma obediente y purificada que ha llegado al estado feliz de vivir como la esposa del Señor en alegría espiritual y paz casi constante —con tal de que no caiga fuera de la obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Si cae en imperfecciones o pecados veniales, va a caer fuera de este bello encanto por un tiempo, por unas horas, o quizás por un día.

El camino para llegar a este estado tranquilo e iluminado es el camino angosto y difícil de la *vida*, es el camino feliz de la dulce *cruz*, que *pocos* buscan ni quieren llevar. Es el camino de una vida en el desierto, en el despoblado. Es el camino de san Juan el Bautista, que dejó todas las comodidades del mundo para vivir en una cueva en el desierto, y ahí descubrió más alegría que nunca habría descubierto en el mundo. Hizo un intercambio muy bueno y sabio, cambiando la *tristeza* del mundo para la *felicidad* del desierto; y la *infelicidad* del pecado para la *alegría* de la obediencia.

La novia, una vez que haya hallado al amado de su alma, lo asió y no lo dejó hasta que lo metió en la casa de su madre “Y en la cámara de la que me dio a luz” (Ct 3, 4). Para poder guardarlo ahí en su parte más íntima, ella tiene que *continuar toda su vida* viviendo así, *sólo* para él, en la *renuncia permanente* y *continua* al mundo. Este camino de *vida*, este camino de la *renuncia* no es sólo el camino de la *preparación* para llegar a este estado tranquilo e iluminado, *no* es sólo el camino de una purificación temporal y

preliminar, hasta que lleguemos a la perfección; sino que es el *camino permanente* de *toda la vida* de alguien que quiere permanecer a donde finalmente ha llegado. Si dejamos este camino áspero y arduo, caeremos atrás, y perderemos lo que obtuvimos con tanto esfuerzo. El camino de la *cruz* es el *camino permanente* del cristiano, es el camino de *vigilancia permanente*.

Crees que san Juan el Bautista pudiera haber dejado su desierto, su cueva, su pelo de camello, su vida de vigilancia, ayuno, y oración; y vestirse de gala e ir para disfrutar de la dulce vida de los ricos en la ciudad —crees que pudiera haber hecho esto—, y al mismo tiempo continuaría viviendo una vida tan iluminada, bañada de tanta luz y resplandor, calentándose en este fulgor inefable de Dios, perdido en Dios, hundido en él, e inundado de él, sumergido en sus olas de luz, que él conocía cuando vivía en la aspereza del desierto? ¿Crees que él sería lo mismo, disfrutando de la ciudad, que cuando estaba preparando en el desierto el camino del Señor, enderezando sus sendas, y contemplando las maravillas del Señor, llenando todo valle, y bajando todo monte y callado, enderezando los caminos torcidos, y allanando los ásperos (Is 40, 3-4)? ¿Crees que su experiencia de Dios sería lo mismo, vistiéndose de gala y disfrutando de banquetes, que cuando estaba contemplando la salvación de nuestro Dios en la alegría de su corazón en el desierto (Is 40, 5)? ¡No! No habría sido lo mismo. Su *alegría* en el Espíritu era *parte inseparable* de su bendita vida *austera* en el *desierto*.

Es por eso que los hombres buscan los desiertos y lugares secos y despoblados; porque *allí está toda su alegría*. En la *cruz* de su Señor está toda su alegría. Cuanto más sencilla es su vida, tanto más felices están, porque en la *cruz* es toda su felicidad. Por eso la esposa, subiendo del desierto, *no* está agotada, sino que “*sahumada* de mirra y de incienso y de todo polvo aromático” (Ct 3, 6), y “sube del desierto como columna de humo” hecha de todas las especias *aromáticas* (Ct 3, 6), hasta que ella asombra a todos los que la ven. Su estancia en el desierto con el Señor y las bellezas de la contemplación *no* la ha agotado; más bien, al contrario, la ha rejuvenecido y embellecido, hermoseándola en extremo, perfumándola con el aroma de la contemplación. Y ella sube, recostada sobre su amado (Ct 8, 5), saciada de amor, del esplendor del amor divino, deslumbrada por su luz y dulzura. Y todos notan esto en su manera de andar y comportarse en la humildad y exultación de su espíritu, arrobada por el amor divino. Ella viene del *desierto* donde ha encontrado a Dios, como si hubiera dormido en un lecho de flores (Ct 1, 16), en un monte de árboles aromáticos, donde las suaves brisas desprenden sus aromas, o como si hubiera pasado la noche con su amado en un “monte de la mirra” o en un “collado del incienso” (Ct 4, 6).

Ella no parece como alguien subiendo del *desierto*, sino, más bien, como alguien que duerme en una casa imponente con vigas de cedro y artesonados de ciprés (Ct 1, 17), como alguien que vive en una enramada en un jardín con toda suerte de dulces frutas a sus puertas (Ct 7, 13), o como alguien que duerme en un huerto cerrado, lleno de los frutos del paraíso y con “flores de alheña y nardos” y entre “nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (Ct 4, 13-14).

¡Pero, no! No viene de ninguno de estos lugares de los aromas, sino del *desierto*, de la estepa, y del yermo, donde no hay nada dulce de este mundo, y *precisamente allí* ha encontrado una *dulzura* que *vence toda dulzura*, la dulzura del mismo Dios y de su amor inefable que arroba su espíritu y cuerpo, todo su ser, con un amor infinito y espléndido,

que es como si hubiera dormido entre todas estas otras dulzuras de incienso y especias aromáticas de “las montañas de los aromas” (Ct 8, 14).

Por eso, después de su encuentro con el Señor en el desierto, ella es hermo­seada en extremo, y dice: “He crecido como cedro del Líbano, como ciprés de las montañas del Hermón” (Sir 24, 13). ¡Qué fragante es la madera del ciprés y del cedro! ¡Qué pesado y acre es su olor! Sus aromas nos recuerdan de la belleza de los bosques de los pinos del Líbano. Y ella sube del desierto, recostada sobre su amado (Ct 8, 5), sahumada de especias (Ct 3, 6), y dice: “Como *cinamomo* y aspálato aromático *he exhalado perfume*, como mirra exquisita he derramado aroma” (Sir 24, 15).

Aunque sube del desierto, está totalmente sahumada de aromas, y dice: “Yo puse mi tienda en las alturas” (Sir 24, 4). Subiendo del desierto donde ha encontrado a su amado en la austeridad, de verdad, ha armado su tienda en las cimas de la luz, y permanece allí, bañada de luz, dimanando esplendor, calentándose en la luz divina. ¡Qué bella es!, aun su aliento es fragante con el aroma de su contemplación: “y el olor de tu boca como de manzanas” (Ct 7, 8). Es completamente embellecida —desde sus pies hasta su cabeza— por su encuentro con su amado: “¡Cuán hermosos son tus *pies* en sandalias, oh hija de príncipe!” (Ct 7, 1), y “tu *cabeza* encima de ti, como el Carmelo” (Ct 7, 5). Así la ha embellecido su estancia en el desierto, el único lugar donde se puede encontrar con un esposo tan magnífico.

EL CORTEJO DE BODAS (Ct 3, 6-11)

*“¿Quién es ésta que sube del desierto
Como columna de humo,
Sahumada de mirra y de incienso
Y de todo polvo aromático?
He aquí es la litera de Salomón;
Sesenta valientes la rodean,
De los fuertes de Israel”
(Ct 3, 6-7).*

Ahora el lecho del amor de Salomón es descrito, su litera, su palanquín. Está atravesando el desierto, guardado por sesenta hombres valientes, armados todos. Es su lecho de amor con su esposa. En pleno desierto tiene lugar este espléndido amor, rodeado de oro y plata, y de madera del Líbano. Es el día de su boda, y él está coronado por su madre. “Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su boda..., el día del gozo de su corazón” (Ct 3, 11).

Todo esto también es un símbolo del amor divino entre nosotros y Dios, que tiene lugar no sólo en un lecho de flores (Ct 1, 16) bajo vigas de cedro y de ciprés (Ct 1, 17), en un monte de la mirra y collado del incienso (Ct 4, 6), sino también en pleno desierto, en la soledad y aspereza de una llanura vastísima, sin obstáculo a la vista hasta el horizonte. Allí Dios prepara para nosotros un lugar del encuentro amoroso. En el lugar donde no hay belleza natural, excepto una vasta soledad, Dios prepara para nosotros las dulzuras de su amor, un lugar del encuentro, incluso un lecho portátil, un palanquín de lujo y belleza, que desde lejos parece como una “columna de humo, sahumada de mirra y de incienso, y de todo polvo aromático” (Ct 3, 6). Este lecho es hermo­seado en extremo, y perfumado por las dulzuras de este encuentro amoroso. Allí donde uno *menos* espera encontrar la belleza, aparece este palanquín lujoso y majestuoso, atrayendo nuestra admiración y asombro.

Dios se ha revelado a los santos en tanta majestad y realeza en el desierto porque allí han abandonado todo por él. Esta santa esposa es el símbolo del alma que ha llegado a la meta de la jornada, que es la relación nupcial ya consumada en esta boda. Ya duerme en el delirio del amor, a solas, en la soledad, al fin, con el amado de su corazón. Allí, en el desierto, más que en todo otro lugar, ella lo encuentra con máxima majestad. Siempre es

así con él. Tan celoso es este amado, que él quiere estar *a solas* con nosotros, y ¿dónde puede ganar mejor toda nuestra atención, sino en el *desierto*, donde no hay otra distracción o atracción, donde todo nuestro corazón puede ser cautivado sólo para él?

¡Qué bello es *la vida del desierto*! Es una vida sacrificada y ofrecida, una vida de renuncia completa a este mundo, y, al mismo tiempo, una vida llena de fruición real y majestuosa. Es una vida de culto perfecto al Padre, configurada a Cristo ofreciéndose al Padre en el Espíritu Santo, en el pleno desierto, lejos del mundo. Es una vida encantada, sumergida en el encanto del amor divino, que nos envuelve y penetra con tanta dulzura.

Los que han dejado todo de este mundo y han sido purificados del mundo y sus deseos resucitan con Cristo a la vida del desierto, imitando en amor su pobreza, su pasión, su sufrimiento, su renuncia, su sacrificio de sí mismo en amor al Padre en el Espíritu Santo por nosotros. Esta es *la vida del desierto*. Este es el ideal del desierto, el ideal de la vida monástica. Y “lo que falta de las aflicciones de Cristo”, ellos, que viven la vida del desierto, cumplen en su propia carne con gozo (Col 1, 24). Nuestro único deseo, una vez llegados a este día de boda, es unirnos *más aún* con el amado de nuestro corazón. Y puesto que nuestro amado es *crucificado*, nosotros también queremos ser *crucificados* al mundo con él, porque el amor siempre busca *semejanza*, siempre quiere ser *como* su amado, siempre busca imitación. ¿Qué mejor camino hay para hacer esto que el de ir al desierto y allí abrazar la cruz y llevarla con él en amor? Al hacer así, Cristo se revela a nosotros en sus misterios y secretos de amor, llenándonos con sus dulces aromas, los aromas de la contemplación.

¡Qué dulzura hay en este tipo de sufrimiento amoroso que es la perfecta imitación de Cristo, la perfecta asimilación a él, la perfecta configuración a su imagen, hasta que él siempre vive en nosotros amándonos y revelándose a nosotros! Una vez saboreado, ¿quién quisiera dejar este tipo de vida del desierto? Allí está toda nuestra dulzura. *Hemos cambiado todas las dulzuras de este mundo para la dulce aspereza del desierto*. Allí esperamos las manifestaciones divinas, las visiones celestiales. Nuestro gozo es ser un sacrificio de amor, unidos a Cristo sacrificándose en la cruz en amor y donación de sí mismo al Padre en el Espíritu Santo. Viviendo así, el espléndido río del amor divino que siempre fluye entre el Padre y el Hijo fluye ahora también por nosotros, regocijándonos, divinizándonos, embelleciéndonos. Esto es nuestro gozo continuo, el sacrificarnos en amor al Padre, con Cristo, en el Espíritu Santo. Y hacemos esto por vivir en el desierto, renunciando a todo placer creado, y viviendo una vida sencillísima, buscando sólo a él. Y así lo encontramos y vivimos con él *regularmente* —si tan sólo no caemos en imperfecciones—. Así nuestra vida es una *canción de amor* y de alabanza, es una boda con el gran Rey, el Rey de la Paz, el Príncipe de Paz, simbolizado por el Rey Salomón, Rey de Paz. Seremos llevados a través del desierto en su litera de amor, su “carroza de madera del Líbano” con “columnas de plata” y “respaldo de oro”, con “un asiento de grana” y “su interior recamado de amor por las doncellas de Jerusalén” (Ct 3, 10).

EL ESPOSO ALABA A LA ESPOSA (Ct 4, 1-11)

I

*“Hasta que apunte el día y huyan las sombras,
Me iré al monte de la mirra,
Y al collado del incienso”
(Ct 4, 6).*

Aquí es el esposo que habla. Tiene su escondrijo en un lugar bellissimo, un lugar de tranquilidad y contemplación, una ermita en las montañas, entre los árboles aromáticos, donde las suaves brisas desprenden sus aromas. Allí nuestro amado nos espera. Él nos espera a nosotros más que nosotros lo esperamos a él. Es él quien llega primero y nos espera. Es suyo este escondrijo, esta cabaña del encuentro sagrado; no es nuestra. Él es quien nos invita a nosotros a buscarlo en la soledad y belleza de la naturaleza, en el silencio, lejos de las conversaciones de este mundo que molestan nuestro espíritu y lo ponen en turbulencia.

Aquí todo es paz. El corazón puede recobrar su paz aquí; y la paz, una vez recobrada, la vida vuelve a ser otra vez iluminada y llena de anhelos santos. ¡Qué importante es este silencio para recobrar nuestra paz, y en la paz recobrar nuestra esperanza! El clima favorable para la esperanza es el silencio y la soledad. Sabiendo esto, Dios prepara para nosotros exactamente lo que más necesitamos, un lugar bello y solitario, un lugar sagrado y apartado, un lugar de mucho silencio, un lugar de los aromas de Dios, los ricos aromas de la contemplación.

Aun en el estado estable con Dios, necesitamos ciertos tiempos de *más* soledad, donde podemos injertarnos en el río resplandeciente del amor divino en que siempre vivimos ahora, para poder profundizar nuestra relación con las divinas Personas, y *experimentar* más profundamente sus buenos efectos. Allí podemos respirar el aire de Dios, el aire del Espíritu Santo respirando dentro de nosotros, una respiración de luz, y el ensanchamiento de nuestro espíritu. Unidos a Cristo en amor, el Espíritu Santo imprime la imagen de Cristo en nuestra alma, y va formándonos cada día más en esta imagen, hasta que el Padre nos ama cada vez más, viendo en nosotros la imagen siempre más clara de su propio Hijo. Y este amor que él tiene por su Hijo está respirando en nosotros, él mismo amor siendo una Persona viva y divina, el Espíritu Santo, el amor del Padre por el Hijo, y del Hijo por el Padre. Y este Espíritu mueve en nosotros con movimientos de

amor, regocijando nuestras entrañas, rezando al Padre desde el Hijo que está en nosotros. El Hijo está en nosotros ofreciéndose en amor, adoración, y oblación perfecta de sí mismo al Padre. Su voz es la voz del Espíritu Santo gritando desde dentro de nuestro corazón: “¡Abba, Padre!” (Rom 8, 15.26-27; Gal 4, 6). Así nos ofrecemos a Dios en amor, le decimos que le obedecemos en todo, y desde ahora en adelante seremos completamente suyo, para hacer con nosotros como él quiere.

Esto es lo que hacemos en esta cabaña de vigas de cedro y artesonados de ciprés (Ct 1, 17), en el monte de la mirra, y en el collado del incienso (Ct 4, 6), en nuestro lecho de flores (Ct 1, 16), con el mismo amado apresado a nuestro corazón como un manojito de mirra entre nuestros pechos (Ct 1, 13).

Aquí en esta casa imponente de belleza hay dos tipos de contemplación que experimentamos, especialmente después de la comunión cuando la humanidad de Jesús, llena de su divinidad de modo singular, entra en nuestro cuerpo y espíritu para iluminarnos y divinizarlos. La forma más alta entre estos dos tipos de contemplación en estos tiempos es así: sentándonos en su presencia, recitando la oración jaculatoria de Jesús, caemos en un trance en que nuestros cinco sentidos y dos de las tres potencias de nuestro espíritu (entendimiento y memoria) son suspendidos y no funcionan —sólo la voluntad, la potencia de amar, está funcionando—, mientras que somos hundidos en un océano de luz sin saber ni siquiera donde estamos. Estamos como flotando y nadando en estas ondas de luz, amor, y alegría, sumergidos e inundados en ellas por como media hora, perdidos en Dios, íntimamente unidos a las tres divinas Personas. En esta oración, Jesús, impreso en nuestro corazón por obra del Espíritu Santo, grita por la respiración del mismo Espíritu por medio de nuestra boca a su Padre en amor, diciendo repetidamente: “¡Abba, Padre!”

Cuando volvemos a nuestros sentidos y potencias del espíritu, nos sentimos muy refrescados y renovados, felices y amados, alegres, y en gran paz, habiendo sido tan íntimamente unidos con las tres divinas Personas. Esta es la oración de unión, o la oración apofática.

El otro tipo de contemplación, de menos intensidad, es cuando estamos arrobados en el espíritu por la contemplación de la belleza de unos de los misterios de la fe que ensancha nuestro espíritu. No perdemos nuestros sentidos ni nuestras potencias de espíritu, pero estamos en un estado alterado de conciencia, amor, y conocimiento de Dios, gozando de esta gran dulzura por *muchas* horas, durante las cuales podemos escribir y leer. Esta es la oración de quietud, como la llama santa Teresa de Ávila. Cuando estamos en nuestro escondrijo entre los árboles aromáticos en el monte de la mirra y en el collado del incienso (Ct 4, 6), estas experiencias son frecuentes, especialmente después de celebrar y recibir la eucaristía.

II

“*Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía;
Ven conmigo desde el Líbano.
Mira desde la cumbre de Amana,
Desde la cumbre de Senir y de Hermón,
Desde las guaridas de los leones,
Desde los montes de los leopardos*”
(Ct 4, 8).

A este punto creo que la esposa ha finalmente llegado a la unión completa y perfecta con su esposo divino. Tan perfecta es esta unión, que ella va ahora no sólo a un bosque hermoso, o a una casa imponente, ni siquiera al pleno desierto en busca de su amado, sino que sube a los montes más elevados, cubiertos de nieve, y habita en los lugares más inaccesibles, raros, y peligrosos, en la compañía de los animales más salvajes, los leones y los leopardos. Nadie puede hacer esto sólo en busca de algo o alguien que todavía *no* lo posee. El mero hecho de que haya llegado a la cumbre de todos estos montes, y ya permanece y vive allí indica que ha llegado también a la cumbre de la vida mística, y vive ahora en luz y consumación con Dios, en la medida que esto es posible en esta vida. Sólo así, yo creo, puede ella sentirse bien en lugares tan difíciles y dramáticos, y sólo así tendría la energía necesaria para montar estas grandes montañas, y correr riesgo viviendo allí permanentemente tan cerca de los leones y leopardos.

Y ¿por qué sube ella estas grandes montañas, una tras otra? Yo creo que es porque el espíritu del hombre naturalmente busca un ambiente congenial con sí mismo. Un espíritu lleno de Dios, lleno de luz, y arrobado de amor, fuera de sí mismo, perdido en Dios, hundido en el Espíritu Santo, enamorado de Jesucristo hasta la locura, ofreciéndose como víctima al Padre en inmolación de amor con Jesucristo en el Espíritu Santo —un espíritu así *anhela* un *ambiente* muy especial. Un espíritu así, o se pierde de amor en el pleno desierto, traspasado del incendio del amor de Jesucristo, buscando una manera de ofrecerse e imitarlo cada vez más radical y dramática, o se va hasta los confines de la tierra, sacrificándose en amor en la cruz de la predicación para iluminar a las naciones con la luz radiante de Jesucristo brillando en su corazón; o bien él sube las cumbres más elevadas y escarpadas para esconderse en lugares inaccesibles, para estar a solas con el amor de su vida que tanto quema su corazón. Esta amada de Jesucristo escogió las cumbres de Amana, de Senir, y de Hermón. Allí, al fin, ella encuentra un paisaje que es congenial en su espectacularidad con el fulgor que resplandece en su corazón.

Allá en las alturas, lejos del mundo profano, lejos de la distracción y el ruido, ella puede, al fin, vivir la vida que corresponde al anhelo de su corazón. Allá la esposa del Señor puede reposar con su amado en paz y alegría. Allá no tiene nada; y *claramente* vive *sólo* para el Señor en ayunos perpetuos, en vigiliias y largas oraciones, meditaciones,

y tiempos de contemplación cuando está arrobada fuera de sí misma y perdida en Dios en el océano de su amor inefable, que regocija sus entrañas y ensancha su corazón. Es la operación del Espíritu Santo en ella que hace estas maravillas, y ella dedica cada aspecto de su vida ahora al único Señor de su alma, al único esposo de su corazón, quien tanto la ha encendido. No le importa los detalles de la vida ahora. Ella conoce sólo *una* cosa, y es que ahora ella vive *sólo* para Dios en *todo*, en *absoluto*, *sin excepción alguna*, y ha claramente dejado todo lo demás. Y por eso, ahora, el Señor sacia su alma.

¿Qué le dice su amado? Dice: “*Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía; ven conmigo desde el Líbano*” (Ct 4, 8). Él la invita a ir consigo. Él ha aceptado su ofrenda de sí misma. Él es suyo; y ella, suya. “Mi amado es mío, y yo suya; Él apacienta entre lirios” (Ct 2, 16). Él quiere que ella viva con él. Así las tres divinas Personas inhabitan en nuestro corazón transformándolo, renovándolo, y divinizándolo. Su presencia dentro de nosotros resplandece, sellándonos en la imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo, para que participemos de las mismas relaciones trinitarias que existen dentro de la Santísima Trinidad. Así amamos al Padre con el amor del Hijo en toda obediencia y sumisión, llenos del mismo Espíritu que él, el Espíritu Santo. Y como la luz de la resurrección dimana de Cristo resucitado inhabitando en nosotros, esta misma luz dimana de nosotros, irradiando e iluminando a todos los que encontramos en el camino de la vida hasta la patria celestial.

Subiendo estos grandes montes es un símbolo de nuestra donación completa a Jesucristo. Es también un símbolo de que hemos llegado a la cumbre de la vida interior, y por ello la inhabitación de las tres divinas Personas en nosotros pueda tener ahora un efecto muy grande. Es, por eso, algo *experimentado*, es una vida en la gloria, una vida con Dios en la luz y gozosa expectativa de su revelación cumplida en su parusía.

¡Qué importante es, entonces, siempre vivir en *recogimiento*, y no dejarnos llevar por los pequeños detalles de la vida! Esta es la razón por la cual la vida monástica siempre ha buscado la soledad y el silencio, lejos de las complicaciones mundanas. Es un tipo de *especialización* dentro de la vida cristiana, para el bien de toda la Iglesia, para su enriquecimiento espiritual. Así es nuestro ideal monástico: vivir en Dios, sumergidos en Dios, olvidadizos de lo demás, cuanto podamos. Y siempre tenemos que hacer nuevos esfuerzos para hacer esto, porque los pequeños detalles siempre nos atacan; y el diablo quiere usarlos para distraernos y desviarnos del camino estrecho de la vida en la luz con Dios. Él siempre quiere plantear preocupaciones en nuestra mente sobre cosas que no tienen ninguna importancia, pero que pueden engrandecerse en nuestra imaginación hasta que perdamos la visión de la luz. Por eso la esposa va a tantos extremos, aun geográficos, para permanecer en la luz, en las cumbres de las montañas. Y nosotros tenemos que hacer lo mismo, rechazando distracciones, y siempre enfocándonos más en lo único necesario, dejando siempre más el mundo, y volviendo más al interior, viviendo una vida en la soledad y silencio con Dios en la luz. Es una vida en las alturas luminosas, en las cimas de la luz, en las cordilleras de Dios, donde, rehechos por el Espíritu Santo en la imagen del Hijo, nos ofrecemos como un sacrificio de alabanza al Padre en amor y donación de nosotros mismos.

¡Qué importante es la reflexión sobre la Palabra, para *guardar* esta bella orientación —o al leerlo, o al escribir nuestras reflexiones sobre ella— en un espíritu de oración y adoración, perdidos en el gran misterio de nuestra relación de amor con el Señor! ¿Qué significado tiene una vida en el desierto o en el monte si no es una vida recogida,

sumergida en Dios, deslumbrada de su belleza, perdida en su luz, desprendida de distracciones sobre cosas de muy poca importancia? Esto es vivir con una perspectiva espiritual, correcta, y madura. Esta es la razón por la cual hemos buscado el desierto o las cumbres de Amana, Senir, y Hermón, es decir: para ser libres para Dios, libres para el Espíritu, libres para volar en una adoración trinitaria y cristocéntrica. Esta es la vida inundada de Dios e iluminada, que irradia paz y serenidad divinas a quienes les falta nuestro don de la soledad y del silencio.

III

La felicidad de Dios

El Señor invita a su esposa a venir consigo desde el Líbano, desde las cumbres de las montañas, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos. Él quiere que ella esté y viva con él en unión y felicidad. Es por eso que Jesús nos ha revelado tanto sobre la felicidad de su vida con su Padre y con el Espíritu Santo. Él quiere que *nosotros* vivamos *con estos tres Personas* en unión y felicidad, en esplendor y luz, en una contemplación de luz y esplendor que comienza ahora. Esta es la vida *verdaderamente feliz*, porque ella vive en la felicidad de Dios y contempla su felicidad, la felicidad inefable y magnífica de las tres divinas Personas. Nada nos ilumina tanto que esta contemplación de la felicidad y esplendor de Dios. Vemos a Jesús —aun cuando caminaba sobre la tierra— viviendo en el seno de su Padre, cubierto de gloria; y cuanto más ahora, en cuanto su humanidad está glorificada y sentada a la diestra del Padre en toda majestad y felicidad. Su gloria y felicidad nos iluminan y nos hacen felices.

Debemos vivir en felicidad casi invariable como él, porque su felicidad fue así. Así es su voluntad para con nosotros, aunque somos clavados con él a la cruz. Cuanto más estamos crucificados con él, tanto más felices somos con la *verdadera* felicidad del mismo Dios, porque así somos más unidos en amor y semejanza a Jesucristo, más ofrecidos con él al Padre en amor y donación de nosotros mismos, y más cubiertos del don resplandeciente del Padre a causa de nuestro sacrificio que ofrecemos de nosotros mismos con su Hijo. Y este don es el Espíritu Santo, una Persona divina que mueve dentro de nosotros, iluminándonos con el amor divino que nos diviniza y transforma en la luz. *Cristo sufrió en la cruz, para ganar para nosotros esta paz celestial.*

Jesús nos reveló este gran misterio de la Santísima Trinidad para que nosotros mismos pudiéramos *entrar* en el *esplendor* de su *gloria*, siendo siempre ofrecidos con Cristo al Padre en amor, llenos del Espíritu Santo. Este esplendor, entonces, irradia a los demás, y los atrae a él. Los escritos de los santos son llenos de esta *felicidad* y *esplendor* de Dios en que ellos vivían. La felicidad de ellos consistía en contemplar la felicidad de Dios, y compartirla. Charles de Foucauld (1858-1916), un francés rico que dejó todo para vivir como ermitaño en el desierto del Sahara, escribe: “Señor, tú eres infinitamente *feliz*, y te falta nada. Tengo que añadir que yo también soy *feliz*, y no me falta nada. Tu *felicidad* es suficiente para mí” (Carta, martes de Pascua, 1891, en *Lettres à Mme de*

Bondy, en *Silent Pilgrimage to God: The Spirituality of Charles de Foucauld*, by a Little Brother of Jesús, Orbis, Maryknoll, New York, 1975, p. 35).

Charles de Foucauld escribe también: “Estamos caminando hacia Dios, contemplando su inmensa *felicidad* y regocijándonos *para siempre* en el pensamiento de la *felicidad* infinita, perfecta, e *invariable* del Dios a quien amamos; somos *felices* con la *felicidad* del amado, y el pensamiento de su paz *invariable* tranquiliza el alma” (Carta, 5 de noviembre, 1902, en *Lettres à Mme de Bondy*, p. 107, en *Silent Pilgrimage to God*, p. 37.) Y otra vez escribe: “Yo veo todas las cosas en la luz de la paz inmensa, *felicidad* infinita, y gloria *invariable* de la Santísima y siempre pacífica Trinidad” (en *Lettres à Henry de Castrie*, Grasset, Paris, 1938, p. 157 en *Silent Pilgrimage to God*, p. 38).

Es esta felicidad en Dios la que llevó a la esposa a estas alturas. Ella quiso la paz para contemplar la *felicidad* de Dios. Nosotros, que hemos recibido la plenitud de la revelación en Jesucristo, hacemos lo mismo. Nos *separamos* del mundo, y subimos a las cumbres de las montañas para contemplar la espléndida *felicidad* de la Santísima Trinidad en luz radiante que nos llena e ilumina. Y Dios acepta nuestra búsqueda, y se revela a nosotros en su fulgor, invitándonos a ir con él, y vivir y *permanecer* siempre con él en la *felicidad* divina.

Esta es la razón por la cual existe la vida monástica: nos *separamos* del mundo, para vivir en *silencio* y *soledad con Dios*, y compartir su inmensa e invariable *felicidad*. Es una vida en la luz, una vida iluminada, una vida feliz.

IV

“Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía;
Has apresado mi corazón con uno de tus ojos,
Con una gargantilla de tu cuello”
(Ct 4, 9).

Estamos inundados del amor de Dios, quien está enamorado también por su parte de nosotros. Vivimos en el océano de su amor por nosotros. Nosotros le hacemos feliz, extasiado aun de nuestro amor. Él está tan encantado de *nuestra* presencia amante, como nosotros estamos de la suya. Nosotros le regocijamos a él, tanto que él nos regocija a nosotros. Vivimos así en un vínculo de amor y *felicidad* con Dios en la luz, calentándonos *siempre* en su resplandor. Este es el don que Cristo nos dio: El don del *amor* de Dios, revelado por Cristo, y comunicado a nosotros por el Espíritu Santo, que es en sí mismo el gran don de Dios a nosotros, el don del amor vivo, personal, y divino, un don espléndido.

Si Dios está tan enamorado de nosotros, ¿qué efecto debe tener este enamoramiento en nosotros? Debe tener el efecto de *cambiar nuestra vida*. Debe implantar en nuestro corazón un gran deseo de imitarlo en su pobreza y bajeza, en su simplicidad y vida sacrificial, en su pasión, y, sobre todo, en su *cruz*. Su amor por nosotros debe tener el efecto de *transformarnos*, y esto no sólo espiritualmente o interiormente, sino que debe

transformar *toda nuestra vida y manera de vivir*, tanto *exteriormente* como interiormente. De hecho, en cierto sentido, el cambio *exterior* tiene tanta importancia como el cambio *interior*, porque es fácil convertirnos solamente en nuestras ideas sin cambiar también *en la práctica* nuestra forma de vivir. Y si esta conversión *interior* no se expresa *exteriormente* también, me parece que es una conversión bastante superficial y cobarde.

Los santos son los que han expresado la profundidad de su conversión interior en su *forma nueva y radical de vivir*, en *pobreza* y sacrificio, en *ayuno*, *silencio*, y *oración*, en su *huida del mundo*, para ir al desierto, y en su renuncia a los bienes y placeres de este mundo para vivir *sólo* para Jesucristo en *todo*. Este es un santo, un hombre *completamente cambiado* por su amor a Jesucristo, tanto en su cuerpo y manera de vivir, como en su espíritu.

Puesto que el amor siempre quiere *asemejarse* al amado, el santo se *asemeja* a Jesucristo crucificado y sacrificado, se asemeja a él en su pobreza, simplicidad, y humildad. Y como Jesús vivió *sólo* para su Padre, nosotros también debemos vivir *sólo* para Jesús, y, con él, para el Padre, haciéndonos semejantes a Jesús cuanto podamos. Cuanto más hacemos esto, tanto más *felices* somos, y tanto más llenos del Espíritu Santo. Esta es la vida del amor, nuestra respuesta en cuerpo y alma al amor que Jesús ha mostrado primero por nosotros.

V

*“Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa;
Miel y leche hay debajo de tu lengua;
Y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano
(Ct 4, 11).*

La esposa está llena de dulzura por medio del amor de su esposo divino. Es él que le da tanta dulzura, o, a decirlo más exactamente, es el amor divino, que la llena con su propio *esplendor*, que la hace tan bella, dulce, y fragante. Sin esto, ella sería fría y frígida, no atractiva. Es el amor de Dios que nos embellece con una belleza interior que nos transforma y diviniza, llenándonos con luz radiante y gran alegría. Y este amor divino nos hace bellos exteriormente también, haciendo resplandecer nuestro rostro, y dándonos una disposición suave y dulce, que irradia paz y buena acogida a todos. Dios mismo es el primero en darse cuenta de nuestra nueva belleza; y él mismo está atraído a nosotros por ello.

Así, pues, vemos que nuestra relación amorosa con Dios es semejante a la relación amorosa humana. Un hombre ama a una mujer. El amor de este hombre transforma a esta mujer, enamorándola cada vez más de él, hasta que aun su apariencia exterior cambia, y ella empieza a ser extremadamente bella. Notando este cambio, el hombre la ama más aún, hasta que él está completamente enamorado de ella. Así es —revela este libro— entre Dios y nosotros.

El amor de Dios nos hace cada vez más bellos, hasta que resplandecemos de santidad; y Dios, por su parte, está afectado, y por ello nos ama más aún. Así crecemos en el amor

de Dios sin límites; y nuestra belleza espiritual crece sin límites. Así crecemos en la santidad. Además, esta belleza es perceptible por otros, y ellos están atraídos a nosotros, alimentados en su espíritu por el amor divino que ellos perciben en nosotros.

Aun nuestro olor empieza a asemejarse al olor de nuestro amado, quien es como los cedros del Líbano: “Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros” (Ct 5, 15). Y de ella, él dice: “*Y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano*” (Ct 4, 11). Su contacto con él hace una transferencia de olor. Y más aún, el olor del Líbano y de los cedros del Líbano es el olor de las montañas y bosques a donde van los amados de Dios en busca de la soledad para el encuentro amoroso con él. El olor del Líbano es el olor de los ermitaños y de sus ermitas. Es el olor del silencio. Es el olor de los bosques de los pinos, cedros, y cipreses del Líbano. Es el olor de la presencia fragante de Dios, quien nos viene “Sobre las montañas de los *aromas*” (Ct 8, 14).

UN HUERTO CERRADO (Ct 4, 12 - 5, 1)

I

*“Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía;
Fuente cerrada, fuente sellada”
(Ct 4, 12).*

La esposa es casta, es un huerto de deleites, pero cerrado. No es disponible a cada pasajero. Se guarda para su esposo, y *sólo* para él. Así ella es limpia y tiene una conciencia pura y feliz. Esta es la secreta de la felicidad —una *conciencia pura* y limpia. Si alguien tiene una conciencia limpia y sabe y hace perfectamente la voluntad de Dios, una vez purificado de la esclavitud de sus pasiones, va a estar feliz. Es, entonces, como un huerto cerrado, guardando todos sus secretos, deleites, y amor *sólo* para su esposo, sólo para Dios.

Al hacer así, ella viene a ser más bella aún a causa de su pureza y su corazón indiviso. No hay nada más bello que un corazón indiviso en su amor por Dios. Es bello porque es limpio, de acuerdo con la voluntad de Dios, y *lleno* de Dios. Es lleno de Dios porque no hay *otra* cosa en este corazón opuesta a Dios o que le da competición por nuestro interés y atención. Por eso Dios puede inhabitar en un corazón tal y manifestarse a él abundantemente. También Dios puede *permanecer* en un corazón así todo el tiempo, siempre llenándolo con nueva luz y nuevo amor —con tal que no caiga en imperfecciones o pecados veniales—. Esta presencia poderosa y constante de Dios en el corazón lo embellece más aún, y lo hace rebozar de gozo.

“Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos” (Ct 4, 13). Una persona así da mucho fruto con su vida en el mundo, aunque muchas veces no parece que está dando fruto porque es un huerto *cerrado*. Cerrado así, ¿quién puede entrar para disfrutar de su belleza y comer de sus frutos? Pero así es en el plan de Dios. Él esconde estos huertos bellos y cerrados acá y allá en el mundo. Estos son las almas místicas, insospechadas por el mundo, pero son los amigos especiales de Dios. Ellos son los parques del Señor, donde él mismo descansa con predilección; y él los llena con su propia felicidad, con una felicidad divina y radiante en el esplendor del amor divino. Son lumbreras en el mundo (Fil 2, 15), aunque muchas veces son desconocidos por el mundo, y más aún despreciados por el mundo. Son, con frecuencia olvidados. Echados a un lado, y no reconocidos por su verdadero valor que tienen a los

ojos de Dios. Pero a sus ojos son preciosos, y su mera existencia y presencia en el mundo lo enriquece y lo eleva. Ellos irradian gracia a todos y renuevan al mundo (Fil 2, 15; Mt 5, 14).

A veces tales almas son descubiertas después de su muerte, y sus escritos vienen a ser apreciados por su profundidad, belleza, y capacidad de nutrir el espíritu. Santa Teresa del Niño Jesús fue uno de estos huertos cerrados, desconocido durante su vida. Otro fue el Hermano Lorenzo de la Resurrección (1611-1691) y su libro famoso, *La Práctica de la Presencia de Dios*. Pero durante su vida fue un humilde hermano lego, desconocido por el mundo. Sus escritos fueron publicados después de su muerte, como fueron también los de Santa Teresa del Niño Jesús. Huertos *cerrados*, pero qué ricos frutos tenían, y los que quieren, pueden disfrutar de ellos ahora. Así fue el plan de Dios. Escondidos y cerrados durante su vida, estos huertos ahora han sido descubiertos, y enriquecen al mundo con sus frutos. El ejemplo de las vidas y los escritos de estos santos, y de muchos otros como ellos, son el enriquecimiento del mundo. Otros ejemplos de huertos cerrados de este tipo son la beata Isabel de la Trinidad, y el beato hermano Rafael.

Hay también otro sentido en que estos huertos son *cerrados*. Es que son personas bellas que tienen un corazón puro y completamente indiviso, reservado sólo para el Señor. En la forma más alta de esta virtud, son célibes y vírgenes. Su corazón no es dividido por otro amor humano. Tienen una relación íntima, nupcial, y completamente *exclusiva* con el Señor, y sólo con él. No están enamorados de ningún ser humano, especialmente de alguien del sexo opuesto. Esto es algo de gran importancia. Quiere decir que toda su energía afectiva puede ser completamente y únicamente enfocada y dirigida sólo a Dios. Entonces la relación con Dios es la única relación de su vida, la única cosa de importancia para ellos, su único interés. Así todo su tiempo y esfuerzo pueden ser dirigidos a esta finalidad de una manera directa y completa. No tienen que pasar primero por medio de otra relación humana, o dividir su tiempo, trabajo, y amor íntimo y nupcial con otro ser humano. Todo su tiempo, amor, e interés son reservados sólo para Dios en todo, todo el tiempo, sin excepción. Y el Señor los recompensa proporcionalmente.

Una persona así, de verdad, es un huerto cerrado, lleno de “toda suerte de dulces frutos” (Ct 7, 13). Puede pasar su vida en tranquilidad interior, con mucho silencio y soledad porque vive solo, no tiene familia. Vive con Dios en la *felicidad* divina, en la luz. Las cruces, las enfermedades de la vida, aumentan su *alegría* —con tal que no caiga en imperfecciones—. Desprendida de todo, vive sólo para Dios en la soledad de su corazón, lleno de luz. El desierto es el paisaje congenial con su espíritu. Allí vive con las tres divinas Personas, lleno del Espíritu Santo, conformada al Hijo crucificado, ofrecida al Padre en adoración y amor. Una persona así vive cerrada en Dios, sumergida en el río resplandeciente del amor divino, iluminada, y divinizada. Es un huerto de “frutos suaves”, un “paraíso de granados” (Ct 4, 13). Una persona así embellece y renueva el mundo. Es un agente para su regeneración, el germen de un mundo nuevo.

Una persona así tiene una gran alma. Es magnánima, es decir: es como Dios. Dios ha dilatado su espíritu, y cosas que perturban mucho a otros no la perturban mucho a ella. Vive, por ello, con mucha paciencia. Porque Dios es tan grande por ella y la llena con tanta luz y esplendor casi cada día y por tantas horas, ella tiene una cierta magnificencia de espíritu por haberse asemejado a Dios. Así puede tolerar cosas que otros no pueden tolerar, y con magnanimidad y alegría de espíritu. Todo esto es porque su alegría viene

de Dios y no de las cosas de este mundo. Por eso otras personas la encuentran como magnánima, reflejando la magnanimidad de Dios y su propia magnificencia.

Por eso nuestro autor describe el corazón de una persona así como un huerto cerrado, conteniendo toda suerte de bellas cosas, como “Nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (Ct 4, 14). Es un alma magnífica. Es llena de magnificencia. Tiene la virtud de *magnificencia*, es decir: es, en cierto sentido, un reflejo de la magnificencia del mismo Dios.

De verdad, existen almas así. Viven en la luz. Viven en esplendor. Viven en grandeza. Viven en magnificencia —con tal que no caen en imperfecciones. Son almas grandes, ensanchadas, resplandecientes con el esplendor de Dios. Viven en gloria la mayoría del tiempo, y alumbran a los demás con la luz radiante que les viene del Señor. Son llenas de alegría, contemplan el rostro luminoso de Dios. Se calientan en su luminosidad. Han sido vaciadas de los placeres de esta vida. Son libradas de la cautividad de sus pasiones. Viven en Dios. Son sumamente felices la mayoría del tiempo. Son almas magníficas, *huertos cerrados*, exhalan perfume, respiran al Espíritu Santo. Viven para Dios. Sus corazones son completamente indivisos. Viven en la soledad y silencio, una soledad y silencio lleno de Dios. Han visto la gloria de Dios, y ahora nada más les interesa. Viven en magnificencia. Viven en esplendor. Viven una vida magnífica. Son espléndidas. Tienen la virtud de magnificencia, un reflejo de la magnificencia de Dios. Dios es su hoguera y su hogar. Se calientan en su fulgor. De la plenitud de Dios han tomado “gracia sobre gracia” (Jn 1, 16) y son en proceso de ser transformados “de gloria en gloria” (2 Cor 3, 18).

Son llenos de cosas bellas y magníficas, de árboles aromáticos, de cinamomo, “mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (Ct 4, 14). En su magnificencia, son inundados de gracia, y así resplandecen como lumbreras en el mundo (Fil 2, 15), atrayendo a muchos a Dios, mostrándoles el camino, que es la *cruz*, es decir: el desprendimiento de todo. Así se puede vivir una vida celestial en la tierra, una vida magnífica.

II

*“Fuente de huertos,
Pozo de aguas vivas,
Que corren del Líbano”
(Ct 4, 15).*

Aquí la esposa es llamada una fuente del huerto, un “*pozo de aguas vivas que corren del Líbano*” (Ct 4, 15). No es Dios que es llamado aguas vivas, sino la misma esposa. Y tan frescas y refrescantes son sus aguas que su esposo dice que ellas vienen del Líbano, lugar de montañas frescas y bosques umbrosos. Así somos hechos nosotros, la esposa del Señor, por nuestro contacto con él. Él es la misma vida, la vida de nuestra alma, la vida divina; y él nos aviva y llena de su propia vida, que es un río espléndido y magnífico, el

mismo río resplandeciente que une las tres divinas Personas, un río de ondas de luz en que ellas viven y se aman. Y uno de estas Personas se hizo hombre para comunicar este esplendor a nosotros por medio del Espíritu Santo obrando en nuestro corazón, configurándonos a la imagen del Hijo de Dios hecho hombre. Así hechos hijos en el Hijo unigénito de Dios, tenemos, por nuestra fe, a Dios Padre como *nuestro* padre, que nos reengendrará con su propia vida. Vivimos, desde el día en que creemos, como sus propios hijos, aunque por adopción. Así, desde este día en que creemos, vivimos en la Santísima Trinidad, en su propio esplendor y magnificencia. El agua de vida fluye dentro de nosotros, y así somos nosotros mismos una fuente y “*pozo de aguas vivas que corren del Líbano*” (Ct 4, 15). Como aguas vivas, somos capaces de avivar a otras personas buscando frescos. Ellas pueden refrescarse en nosotros, en nuestras aguas.

En todo esto, es Jesucristo a quien amamos tanto, y a quien tratamos, cada vez más, de asemejar nuestra vida en amor. Estamos tan enamorados de él que estamos listos a dejar todo lo demás de este mundo por él: todo respeto humano, toda nuestra seguridad humana, concernidos sólo en agradar a Dios y no ofenderlo en nada, para no caer fuera del esplendor de su amor. Estamos preparados a hacernos locos y necios por él, para encontrarlo más y asemejarnos más a él. Estamos listos a dejar el mundo y cada institución humana para vivir más como él vivió en desprendimiento total, siguiendo perfectamente la voluntad de su Padre sin reserva, sin miedo, y sin contar las consecuencias.

Si el mundo nos persigue por vivir así, tanto mejor. Estamos *preparados* a sufrir persecución con alegría de corazón, sabiendo que esta nos une más aún con el amado de nuestro corazón. Nuestra única pregunta y preocupación ahora es saber *cómo* podemos imitarlo más perfectamente y con más amor e intimidad, y de una manera más auténtica y radical.

La *pobreza voluntaria* nos une con él y enciende nuestro amor por él más aún. Por eso, todo tipo de pobreza *nos atrae*. Nos preguntamos: ¿Cómo podemos ser más pobres? ¿Cómo podemos vivir más despojados de las riquezas, placeres, honores, y dignidades de este mundo? ¿Cómo podemos asemejar nuestra vida a la de él?, que nació en una cueva —una cueva iluminada, sin duda, pero iluminada de luz *celestial*—. Si queremos vivir en esta iluminación, en esta cueva iluminada con él, tenemos que asemejar nuestra vida más a la suya, y *no sólo interiormente*, sino que *exteriormente* también, en nuestro comportamiento exterior. Toda nuestra vida tiene que *cambiar*, y de tal manera que cada persona se dé cuenta del cambio en nosotros.

Así seremos por muchos —por la mayoría— nada más que un enigma que no se entiende, un misterio, o algo que ellos rechazan como una locura. Pero para los pocos que, de verdad, buscan a Dios, seremos como un pozo de aguas vivas. Ellos no pueden ver a Dios, pero nos ven a nosotros, y encuentran en lo que ven en nosotros lo que buscaban en otras partes, pero sin encontrarlo. Lo encuentran en una persona viva, frente a sus ojos, en una persona que vive corporalmente los *valores* que ellos *desean*. Así ellos pueden refrescarse en nosotros, en nuestro ejemplo y palabras como en un parque o jardín. Ven a *Dios* en nosotros. Somos para ellos “*fuentes de huertos, pozo de aguas vivas, que corren del Líbano*” (Ct 4, 15).

Seremos en el mundo para los demás un *refresco* como lo fue Israel entre las naciones: “¡Cuán hermosas son tus tiendas oh Jacob, tus habitaciones, oh Israel! —dijo Balaam, el vidente de Moab, cuando vio a Israel—. Como arroyos están extendidas,

como huertos junto al río, como áloes plantados por el Señor, como cedros junto a las aguas” (Num 24, 5-6). Así fue Israel entre las naciones; así debemos ser nosotros en el mundo.

III

“*Levántate, Aquilón, y ven Austro;
Soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas.
Venga mi amado a su huerto,
Y coma de su dulce fruta*”
(Ct 4, 16).

Ahora es la esposa que habla. Ella se conoce a sí misma como un huerto bello, conteniendo toda suerte de frutas y especias aromáticas. Aunque es un huerto cerrado, no quiere que su belleza quede sólo para sí misma, más bien quiere compartir esta riqueza con los demás. Por eso ella quiere que los vientos —el Aquilón, del norte; y el Austro, del sur— vengan y soplen en su huerto, para que sus aromas se desprendan. Así otras personas también pueden disfrutar de sus aromas; y otros estar atraídos a venir a su huerto y verlo, y así recibir una buena estimulación. Pero, aunque estas personas no pueden entrar dentro del huerto, porque está cerrado, no está cerrado a su amado. Por eso dice: “*Venga mi amado a su huerto*” (Ct 4, 16). Este huerto está cerrado a otras personas precisamente para que su amado pueda disfrutar más de él en una bella soledad y rico silencio. Si había un montón de personas paseando por este huerto, no sería tan dulce y atractivo para su amado. Puesto que toda su vida está ahora dedicada *exclusivamente* a su amado en amor, ella se cierre a *otros* amores, a *otras* personas, para vivir en una más rica soledad con el *único* amado de su alma, que es Dios.

Ella no sólo quiere que su amado venga, sino que él coma también de su huerto. Por eso dice: “*Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta*” (Ct 4, 16). Dice también que el huerto es de su amado, no de ella misma: “*Venga mi amado a su huerto*” (Ct 4, 16).

Nosotros somos el huerto de *Dios*. Pertenece a *Dios* si somos sus hijos por acción del Espíritu Santo. Siendo hijos, divinizados por el Espíritu Santo, somos como un huerto muy atractivo a Dios y a otras personas también. Cuanto más crecemos en Dios, tanto más bellos somos, y tanto más *felizmente* Dios va a morar en nuestro huerto. Su presencia en nuestro huerto es *nuestra alegría*. Es por eso que tratamos tanto de guardarnos *puros* y *santos*, sólo para él, incluso *cerrando* nuestro huerto a *otras* personas y *guardándonos* en silencio y soledad.

Esto puede ser un poco incomprensible a ciertas personas, pero es muy necesario para este tipo de vocación a la soledad. Tenemos que cerrar nuestro huerto a otras personas. Esta es la vocación monástica, que *evita* el ministerio exterior, para permanecer en

tranquilidad con el Señor, en silencio y en concentración, sin muchas interrupciones para ejercer un ministerio exterior. Así permanecemos en el *encanto del amor divino*, en la *experiencia del esplendor* de su amor —si le obedecemos—; y cuando hablamos, tratamos de hablar de *Dios* y de las cosas del espíritu. Y así —si somos obedientes— podemos permanecer mucho tiempo en este bello encanto.

IV

“Yo vine a mi huerto, o hermana, esposa mía;
He recogido mi mirra y mis aromas;
He comido mi panal y mi miel,
Mi vino y mi leche he bebido”
(Ct 5, 1).

Ves cómo el esposo se deleita en su huerto, que es su esposa tan embellecida. No imagino que él se deleite tanto con *cada* persona. Esta esposa es alguien *especial* para él. Es bellísima, llena de deleites. Por eso en ella, él recibe mucho que aumenta más aún su amor por ella. En ella, él encuentra mirra de fragancia exquisita y otros aromas de las flores y varias especias. En ella él come miel de su mismo panal, y disfruta de un buen vino, de leche, y de otras cosas deliciosas y bellas. Por eso él hace su morada en ella *abundantemente* —más que en las demás— y cuanto más él se deleita en ella, tanto más él la deleita a ella. *Porque él se deleita más en ella que en las demás, él también la deleita a ella más que a las demás.*

Así es con una persona virtuosa. Porque ha purificado sus sentidos y las potencias de su espíritu, y ha sido librado, al fin, de la esclavitud de sus pasiones, y vive ya una vida casi constantemente en la luz con la Santísima Trinidad —si no cae en imperfecciones—, Dios está más encantado, más enamorado de ella que de las que *no* se han purificado. Aunque la Trinidad mora en cada persona bautizada, hay gran diferencias en la calidad de esta habitación trinitaria. En el bautizado —pero no purificado— la Trinidad inhabita en su corazón como una semilla, en una forma muy pequeña y no desarrollada, y muy difícil de *experimentar*. Si después de su bautismo esta persona está enterrada bajo un montón de pecados veniales *deliberados* e *intencionales*, *casi no experimenta nada*; y cuanto más si está en pecado mortal, porque en este último caso, la Trinidad se aleja de ella.

¡Qué diferencia hay en un alma pura y completamente dedicada a Dios en todo, todo el tiempo, un alma que prefería morir antes de cometer *deliberadamente* un solo pecado venial o una imperfección! Sí, cae en imperfecciones y pecados veniales por *inadvertencia*, *sin saber* al momento que su acción fuera imperfecta o pecaminosa, o por algún error, pero no deliberadamente ni concientemente. Una persona así, purificada, da mucha alegría a Dios, quien inhabita en su corazón abundantemente y de una manera desarrollada. *En un alma así, Dios encuentra mucha alegría, y él en turno da mucha alegría a esta alma.* Y cuando describimos la alegría que Dios halla en este huerto con

su panal de miel, su leche, y su vino, disfrutando de sus aromas, estamos al mismo tiempo describiendo el gozo de la misma alma en Dios, porque su gozo en Dios es un reflejo del gozo que Dios halla en ella.

FIN